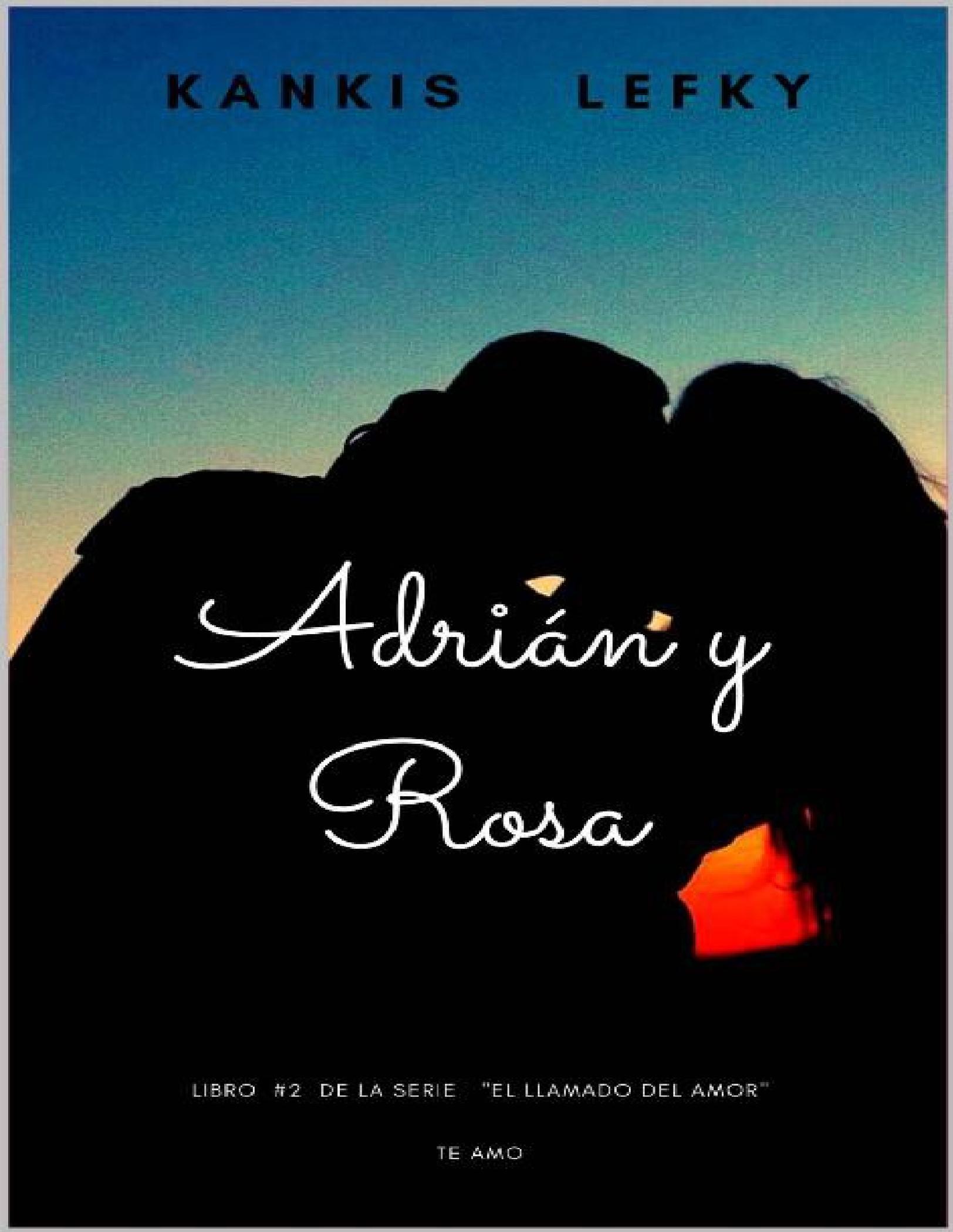


KANKIS

LEFKY

The background of the cover features a silhouette of a couple embracing, set against a gradient sky transitioning from blue at the top to orange and yellow at the bottom, suggesting a sunset or sunrise. The couple's forms are dark against the lighter sky. The title 'Adrián y Rosa' is written in a white, elegant cursive font across the center of the couple's embrace. A small, glowing red and orange object, possibly a flower or a piece of fabric, is visible in the lower right corner of the couple's silhouette.

Adrián y
Rosa

LIBRO #2 DE LA SERIE "EL LLAMADO DEL AMOR"

TE AMO

El Llamado del Amor
Adrián y Rosa



El Llamado del Amor

Adrián y Rosa. Te amo

© 2019 Kankis Lefky. Todos los derechos reservados.

ISBN:9781087044590

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE LA OBRA SIN EL EXPRESO PERMISO DEL AUTOR.

Edición: Artemisa Pacheco

Portada: Blanca Alonso

Adrián y Rosa

Te amo



Kankis Lefky

Agradecimientos por siempre:

A Arte porque eres la persona más mágica que conozco, con el corazón más bondadoso y la mente más brillante.

A Raúl porque eres el mejor amigo, inteligente, elocuente y honorable.

A mis 5 favoritos por existir.

A ti estimado lector por permitirme compartirte esta historia.

A Dios por todo y por tanto.

D edicado a todos aquellos que aún creen en la magia
de las miradas y el romance.



Adrián Bilbao era un joven tan encantador como apuesto, aunque algo mal-hablado y vanidoso, cuya idea de diversión era pasarse todo el fin de semana de parranda con sus amigos. Llevaba la mitad de su carrera universitaria con calificaciones mediocres, las cuales lograba más por su carismática personalidad, ya que a los profesores les caía muy bien y lo consideraban tan agradable y simpático que no lo reprobaban. Si no fuera por lo cautivante de su personalidad, seguro enfrentaría la realidad... ¡Tendría que estudiar!

Era tan cordial y sociable que a pesar de su irresponsabilidad, profesores, compañeros y amigos lo apreciaban mucho y como en verdad era un joven muy atractivo, por supuesto también contaba con la estimación de las chicas universitarias, quienes lo consideraban adorable.

Aunque el Sr. Bilbao conocía el estilo de vida de su hijo Adrián, solo le llamaba la atención cuando llegaba a pescarlo haciendo algo fuera de lugar, pero pronto terminaba su regaño, pues era minado por la apenada expresión de su encantador hijo, que cada vez le hacía sus vanas promesas de que ya se portaría bien.

Así era la despreocupada vida de Adrián Bilbao, hasta que un día...

—Yo creo que ahora sí la hiciste Adrián, papá no te va a pasar esta borrachera. —Le decía su hermana Viviana, mientras él estaba acostado escuchando música.

—No pasa nada carnalita, siempre es lo mismo, me avienta su sermón de 10 minutos, le digo que lo siento, que no volverá a suceder... ¡y ya! ¡listo! Todo queda olvidado. —Respondió confiado, mientras fingía tocar una invisible guitarra eléctrica en la parte más álgida de la canción.

—No Adrián, esta vez no será así... —le aseguró su hermana mayor al quitarle los audífonos—. Esta vez sí te pasaste de la raya...

En ese momento su mamá abrió la puerta de la habitación y al verlo acostado, negando con la cabeza le ordenó:

—Levántate, tu papá te espera en el despacho... —Adrián se levantó y de inmediato peinó su larga melena, pues una de las cosas que más le reprendía su papá era precisamente esa, que tuviera el cabello hasta el hombro—. Ay hijo, ahora sí te metiste en una buena.

Sonriendo y dándole un beso en la mejilla a su mamá comenzó a caminar por el pasillo para ir a recibir el paternal regaño y al irse acercando a la oficina preparó en su rostro la expresión de arrepentimiento y chico confundido. En cuanto entró al despacho vio que con gesto adusto él ya lo esperaba.

—Siéntate.

Con enérgica voz ordenó el Sr. Bilbao y al ver que se sentaron junto a él su mamá y su hermana Viviana, Adrián entendió que esta vez la cosa iba en serio, pues parecía estar en el banquillo de los acusados. Los tres lo miraban de forma reprobatoria, aunque extrañamente su hermana parecía estarlo disfrutando, pero como solo lo veían y ninguno hablaba, Adrián comenzó a divagar y mientras les mostraba su cara de arrepentimiento, en su mente empezó a planear la nueva parranda del fin de semana. De pronto la severa voz de su papá lo sacó de sus profundos pensamientos:

—¿En qué estabas pensando Adrián? —Ante tal pregunta Adrián titubeó, pues él estaba

pensando en lo que haría ese fin de semana, pero sabía que no era esa la respuesta que su papá esperaba escuchar y sólo atinó a mirarlo con desconcierto—. Te doy todo lo que quieres, no puse obstáculos para la Universidad que elegiste y que no aprovechas porque siempre andas en tus famosas fiestecitas. Además, en la casa tenemos cuatro perros que recogiste en tus parrandas y dime... ¿Cómo correspondes? —Mientras su papá recitaba el mismo regaño de siempre, Adrián tenía la estudiada expresión de aflicción, arrepentimiento y chico bueno—. Cada fin de semana es lo mismo, desde el viernes te vas de parranda con tus amigos buenos para nada como tú, se gastan todo el dinero en borracheras y ya has chocado tres coches. Todo parece indicar que no comprendes que te enfrentas a muchos peligros... pero en fin, esta vez ya fue el colmo... me llamaron de la Delegación y tuve que pagar una fuerte multa para poder sacarte, porque en tu borrachera le pegaste a no sé cuántas personas.

Era cierto, sin saber cómo había empezado el pleito o quién lo había provocado, al final de la fiesta se agarraron a trancazos todos contra todos y al recordar lo buena que se había puesto la fiesta y el pleito, Adrián sonrió y al instante escuchó la severa voz de su padre:

—¿Y todavía tienes el descaro de reírte Adrián? ¡No puedo creerlo!

—No papá... ¿Cómo crees? No me estoy riendo.

—Entonces... ¿Por qué pones esa cara de estúpido?

—Es que iba a estornudar...

—¡Pues estornuda carajo! —Después de fingir el estornudo y hacer un esfuerzo para no reírse de sus propias tonterías, volvió a poner su tan gastada expresión de niño bueno con la que siempre se salía con la suya, pero en esta ocasión no le sirvió de nada—. Después de haber hablado largamente con tu madre y tu hermana, hemos decidido el castigo que mereces. —Al instante Adrián las miró pensando: “Traidoras”.

—¿Castigo?

Preguntó como si no pudiera creerlo y volteó a ver a su hermana esperando que lo ayudara, pero ella solo asintió como diciendo: “es por tu bien”. No le pasó desapercibido a Adrián, que Viviana hacía un esfuerzo por no reír, pues tal parecía que le parecía gracioso que al fin lo castigaran. En cambio su mamá se veía triste porque había conspirado en su contra y aprobado la crueldad del castigo.

—Sí, estás castigado... trabajarás.

Ante esas palabras Adrián se trabó, eso era mucho peor que recibir un insulto o que lo mandaran de rodillas hasta la muralla china.

—¿Qué? ¿Yo trabajar? Pero papá...

—Ya está decidido, trabajarás.

—Comprende papá, si trabajo no tendré tiempo para estudiar. —El Sr. Bilbao le dirigió una mirada de no poder creer lo que estaba diciendo.

—No digas babosadas Adrián, tú nunca estudias, de hecho no recuerdo haberte visto una sola vez con un libro en la mano.

En cuestión de segundos infinidad de pensamientos pasaban por la mente de Adrián, pues trataba de encontrar algo que pudiera liberarlo de tan terrible apuro. De pronto llegó una idea que le pareció genial, pensó que si le decía que sí a todo, aceptaba su culpa y mostraba rasgos de madurez, entonces su papá le retiraría el castigo y lo perdonaría como siempre.

—Tienes razón papá, comprendo que me equivoqué... he sido un irresponsable y tal parece que no he valorado el cariño y el apoyo que me has brindado siempre, pero es todo lo contrario, créeme que me considero afortunado por tener un padre como tú y por eso te aseguro que esto no volverá a repetirse.

—Me alegra que lo tomes tan bien, pero no por eso dejaré de ser más estricto. El próximo lunes vas a entrar a trabajar en una de las compañías y por supuesto empezarás desde abajo. —Al ver que su estrategia falló, enojado exclamó en voz baja:.

—¡Me lleva la ching...!

—¿Qué dijiste Adrián?

—Que en dónde queda dicha compañía.

—Deberás trabajar en esa compañía por lo menos tres meses para que puedas pagar la última reparación del coche y la multa que pagué. —Al entender que no había manera de librarse del castigo, espetó:.

—Papá tengo 20 años... ¿No es la edad en la que puede uno divertirse y vivir la vida? Comprende que la juventud se va y no regresa jamás... —El Sr. Bilbao lo miró fijamente durante largos segundos, algo que le dio a Adrián un hálito de esperanza.

—Veo que me he equivocado al darte tanta libertad, pero afortunadamente es algo que sí puedo corregir. Desde el lunes irás a trabajar y olvídate de la camioneta.

—¡Pero papá! ¿Cómo voy a trasladarme?

—Como lo hace la mayoría de los empleados, en autobús o caminando, tú provocaste el castigo Adrián y aunque no lo creas, esto me duele más a mí que a ti.

—Sí... ¿Cómo no!

Exclamó Adrián en voz muy baja, mientras veía que tranquilamente su papá salía del despacho.

2

Ese fin de semana fue un suplicio para Adrián, pues no podía superar el entripado que sentía por la traición de su hermana y de su madre, que no lo defendió, pero que aseguraba cada 5 minutos que lo adoraba, y también por el Genhis Kan de su padre, que le había impuesto un castigo imperdonable. Lo estaba enviando a trabajar sabiendo que él no tenía ni la menor idea de cómo hacer eso, es más, el sólo pronunciar esa palabra le provocaba escalofríos.

Finalmente llegó el lunes y a las 5:15 de la mañana su hermana Viviana fue a despertarlo con una jarra de agua que casi le vació en la cara, pues el despertador ya llevaba algunos minutos sonando.

Tan fuerte fue la impresión, que Adrián se cayó de la cama. Estaba soñando que estaba en la playa rodeado de hermosas chicas con seductores trajes de baño, cuando de pronto una ola lo envolvió revolcándolo y haciéndolo despertar en el piso de su habitación... sin contar que se encontraba todo empapado y tiritando de frío.

—¡Pero que demmm...!

—Deja de vociferar y levántate, tienes que ir a trabajar. —Le dijo su hermana aun con la jarra en la mano.

—¡Te pasas Viviana! ¿Esa es la forma de despertar a la gente?

—A la gente no, pero a ti sí, pones el despertador y parece que no lo oyes.

—Es que me siento cansado, para tu conocimiento casi no dormí.

—No pongas pretextos porque de esta no te salvas, hoy es tu primer día de trabajo. ¡Y apaga esa cosa, que no para de aullar como gallo asustado! —Exigió de mal humor señalando el despertador.

—Vaya con la inteligente de mi hermana mayor, los gallos no aúllan.

Viviana le dirigió una severa mirada y salió de la habitación. Ya resignado, Adrián entró a afeitarse y después de peinar y atorar detrás de las orejas su largo cabello castaño, se puso un fino traje gris, camisa blanca y una corbata color vino con delgadas rayas grises. Mientras se revisaba frente al espejo, con seriedad dijo:

—Bueno Adrián, ya tienes casi 21 años y no hay manera de evitar tu primer día de trabajo... tienes que emplear toda tu simpatía porque no tengo ni idea de lo que debo hacer en esa compañía. —Resopló con fastidio—. Definitivamente creo que para pagar la reparación y la multa es una exageración trabajar tres meses. Adrián, debes poner atención y hacer méritos para que mi padre nos devuelva la camioneta, el fin de semana la necesitamos para ir al fandango con los cuates. — En ese momento cayó en cuenta que no tendría coche—. ¡Un momento! No estará pensando que me voy a ir en camión al trabajo...

Alarmado salió en busca de su papá, que también ya estaba casi listo para ir a sus diarias actividades, entonces le preguntó:

—Oye papá, si no me permites usar la camioneta, entonces dime... ¿En qué me voy a ir? — Mientras el Sr. Bilbao se anudaba la corbata frente al espejo, un tanto cortante respondió:

—Yo te voy a llevar.

—¡Qué, qué, qué! Tengo casi 21 años... ¡Eso no es cool!

—¿Casi 21 años? Pues sería bueno que lo recordaras de vez en cuando antes de irte de

parranda y apúrate, que ya nos vamos. —Cuando ya estaban listos para irse, Viviana se despidió diciéndole:

—Mamá y yo vamos a extrañarte Adrián.

—No me digas... ¿Mientras pasean por las tiendas del centro comercial al que van casi todos los días? —Los dos hermanos se querían mucho, pero siempre se la pasaban molestándose uno al otro, así que Viviana respondió rápido:.

—Por cierto Adrián... ¡Aguas! Creo que a tu jefe le vas a gustar mucho... ¡Le gustan los greñudos! —Adrián se irguió y mostrando esa sonrisa que siempre enloquecía a las chicas dijo confiado:.

—Espero que sí.

—Pero... ¿Si sabes que es hombre? ¿No? —Ante la espontánea carcajada de su hermana, él se quedó helado.

—Ya súbete Adrián. —Ordenó el Sr. Bilbao.

—¿Me dejas conducir a mí? —Preguntó con inocente sonrisa.

—¿Es chiste Adrián?

—No papá. —Ante la fría mirada del Sr. Bilbao, que no mostraba intención de moverse del volante, resignado Adrián se sentó en el lado del copiloto.

—¿Bueno y dónde voy a trabajar?

—Es una fábrica de veladoras y creo que te pondrán en el área de producción... el dueño de la empresa es uno de mis grandes amigos, así que por favor pórtate como la gente decente y no quiero enterarme que dices palabrotas.

—¡Hombre papá! ¿Yo?

—Sí, tú, que a veces pareces carretonero... mira hijo, aunque te he impuesto trabajar como un castigo, créeme que te estoy haciendo un favor. Aprovecha esta oportunidad y aprende. ¿Entendido?

—Entendido papá, seré tu orgullo.

Dijo con su juvenil sonrisa, mientras hacia un ademán de saludo a un militar de rango. A pesar de que no le gustaba nada la idea de trabajar, Adrián no perdía el buen humor, por lo que durante el trayecto le contó divertidas anécdotas de sus días de fiestero, que inevitablemente hicieron reír a su papá hasta que llegaron a la fábrica.

Se despidieron con el cariño de siempre y Adrián se bajó para comenzar su primer día de trabajo.

3

La fábrica de veladoras no se veía nada mal, eran tres enormes naves pintadas de blanco y de pronto al joven Adrián Bilbao le pareció interesante conocer lo que se hacía en cada una de ellas. Aunque su papá le había advertido que entraría a trabajar desde abajo, quiso impresionar al llegar bien vestido, pues imaginó que ahí trabajarían chicas guapas que le harían soportable esos meses de martirio.

Al llegar a Vigilancia pidió hablar con el Sr. Leonel Cervantes, el Jefe de Producción, quién al recibirlo en su oficina lo miró de arriba abajo, pues le sorprendió la elegancia con la que vestía para trabajar en producción. Luego de una corta charla, el Sr. Cervantes le pidió que pasara a Recursos Humanos para que realizaran los trámites correspondientes. Así lo hizo y la Gerente lo atendió unos minutos después de que llegó.

En cuanto entró a su oficina, Adrián se presentó con educación y prestancia y la Gerente le dio la bienvenida. No le pasó desapercibido que a la guapa Psicóloga, una joven de cabello y ojos castaños, literalmente casi se le caía la baba al verlo, pero él se mostró sereno, seguro de sí y manejando muy bien sus armas mientras pensaba:

— “Obvio, no podía fallarme”.

—Me da mucho gusto darte la bienvenida Adrián. —Le dijo extendiendo su mano y él la recibió con un cálido y suave apretón—. El Sr. Moncada me habló de ti y me pidió que te cuidáramos muy bien porque eres el hijo de su mejor amigo. —Decía encandilada al ver lo alto y guapo que era Adrián.

—Me siento honrado, es usted muy amable Srita....

—Cinthia... Cinthia García, pero puedes llamarme Cindy. —Dijo con una coqueta sonrisa, mientras le apretaba ligeramente el brazo al nuevo empleado.

—“A fuerzas, ya caíste”. —Pensaba Adrián mientras mostraba una falsa sonrisa tímida, que por supuesto ella se creyó—. Muy agradecido por la confianza... Cindy.

Mientras la risueña y guapa Psicóloga no dejaba de platicar de manera encantadora y de tocarle el brazo mientras se hacía la simpática, Adrián asentía con toda propiedad. Se sentía tranquilo porque se daba cuenta de que se la iba a pasar muy bien, pues solía causar ese efecto en las mujeres y desde los 15 años había aprendido a aprovecharlo para su propio beneficio.

—Adrián, me encanta tu cabello, dime el secreto de cómo lo cuidas, luce más suave y brillante que el mío. —Decía Cinthia sin dejar de sonreír.

—Gracias Cindy, pero no es así, tu cabello es tan hermoso, que es difícil dejar de mirarlo.

—Ay Adrián... ¿Así te parece?

Le dijo con coqueta mirada, mientras con una de sus manos tomaba su cabello y lo colocaba sobre uno de sus hombros. Como Adrián estaba encantado de no hacer nada, con discreción guió la plática.

Después de una hora de platicar sobre los lugares que les gustaba frecuentar los fines de semana, alguien llamó a la puerta, era el Sr. Moncada, dueño de la fábrica, quién con sincera sonrisa llegó para darle la bienvenida al hijo de su amigo. Como todo un caballero Adrián se levantó y estrechó la mano que él le extendió, de inmediato le agradeció por la oportunidad de trabajar en su empresa y le aseguró que trabajaría con mucho ahínco. Mientras lo hacía, Cinthia no

disimulaba la clara expresión de embobamiento.

—No hijo, no tienes nada que agradecer, espero que encuentres interesante tu nuevo trabajo, que seguramente Cindy ya te explicó en que consiste. ¿Verdad? —Ella se sorprendió, pues se la habían pasado hablando de todo menos de trabajo, por lo que Adrián respondió:.

—La Srita. García ha sido tan amable y paciente, que ha estado informándome sobre los lineamientos de la empresa y sobre el trabajo que debo desarrollar en el área de producción. —Lo dijo mirándola y dedicándole esa sonrisa que las volvía loquitas a todas.

—Perfecto, Cindy hágame el favor de mostrarle su lugar de trabajo al Sr. Bilbao y haga las presentaciones correspondientes.

—Con mucho gusto Sr. Moncada, enseguida lo haré.

Con amable sonrisa se despidió el Sr. Moncada y cuando salió de la oficina, a grandes rasgos Cinthia le informó a Adrián sobre el funcionamiento del área de producción y sobre el trabajo que él debía realizar, el cual en realidad no era difícil.

—Lo más seguro es que te pidan que te cortes el cabello, pero no les hagas caso porque tu cabello te hace lucir más atractivo, solo recógelo en una coleta. ¿ok? —Él asintió sonriendo, pues entendió que con ella iba a tener el camino fácil—. Vistes tan elegante, que me apena informarte que aquí solo vestirás uniforme.

—No te preocupes Cindy, lo entiendo. ¿Dónde me entregarán el uniforme?

—Yo tengo los uniformes, en un instante te los entrego. —Cindy caminó hacia un armario, sacó dos pantalones y dos camisas con logotipo de la empresa en color gris oscuro—. Para evitar que algún obrero te haga una diablura en tu ropa, entra a mi baño para que te cambies y cuando termines puedes guardar en el armario tu ropa y el uniforme extra. Cuando salgas de trabajar pasa a recogerlos. —Deliberadamente rozó sus manos cuando le entregó los uniformes—. Ay Adrián, te ves tan guapo y elegante, que me apena darte los uniformes... pero en fin... —Al recibirlos él pensó: “esto está horrible”, pero al instante le dijo:.

—No tienes por qué apenarte, yo no tengo ningún problema en ajustarme a todos y cada uno de los lineamientos de la empresa... Cindy. —Nuevamente ella sonrió y tocó su brazo.

—Ay Adrián, tienes brazos muy fuertes...

Él sonrió encantador y entró a cambiarse. Luego de algunos minutos salió y mientras guardaba sus pertenencias en el armario le preguntó:

—Ya estoy listo Cindy. ¿Ahora podrías indicarme a dónde debo ir y a quién debo dirigirme?

—De ninguna manera Adrián, yo te llevaré para presentarte con todos. —Con traviesa sonrisa él respondió:.

—Me parece genial ir en tu adorable compañía.

Halagada Cindy se colgó de su fuerte brazo y al cruzar el área administrativa y al entrar en la de producción, todos los empleados lo vieron como si se hubiera equivocado de lugar o se tratara de una publicidad, pues Adrián parecía modelo de portada de revista disfrazado de plomero.

Antes de entrar al área de producción, Cinthia, le mostró los casilleros y le entregó la llave del número 256 que a él le correspondía. Durante el recorrido por el área de producción y mientras las chicas empacadoras suspiraban por su nuevo y guapo compañero, el Sr. Leonel Cervantes lo veía de arriba abajo con desaprobación y al darse cuenta de esa mirada, Cinthia le pidió a Adrián, que salieran al enorme almacén que estaba entre el área de producción y la administrativa.

En cuanto entraron al almacén, Adrián se recargó en una pila de cajas mientras Cinthia le explicaba los procesos de almacenaje y le informaba sobre la rapidez con la que cargaban los camiones para la entrega de pedidos.

La información sobre las áreas de producción y de almacén se llevó un poco más de dos horas, porque varias veces Cinthia suspendió su explicación para reír absolutamente de todos los simpáticos comentarios que Adrián hacía sobre las labores que realizaban y cada vez que lo hacía, ella le daba coquetos golpecitos en el brazo. Finalmente ella le dijo:

—Oye Adrián, tú y yo nos entendemos tan bien, que un día de estos deberíamos ir a tomar algo al salir del trabajo. ¿No crees?

—Definitivamente y para mí será un placer Cindy.

Luego lo llevó al área administrativa para presentarlo a los empleados, lo hizo para que Adrián supiera a quien dirigirse en caso de necesitarlo. Otra hora más en la que él tuvo la oportunidad de conocer a las guapas chicas que le daban la bienvenida y que sin timidez alguna lo invitaron a sus fiestas de fin de semana.

Sin que una y otra se dieran cuenta, Adrián le regalaba a cada una su prometedor mirada y su encantadora sonrisa para que soñara con él toda la tarde, pero eso sí, lo hacía con mucho cuidado para que no se le juntara el mandado.

Adrián estaba de espaldas a la puerta de entrada del administrativo, cuando escuchó que algunas personas entraban y alcanzó a escuchar que decían con alegres voces:

—¡Qué bueno que ya estás de regreso Rosa! ¿Cómo te fue en el examen? —Preguntó Leonel Cervantes y Alberto Ruiz respondió:

—¡Qué pregunta tan tonta Leonel! ¡Pues excelente! ¿Qué esperabas?

—Mira Adrián... ahí viene el que será tu jefe.

Le informó Cinthia y en ese momento se escucharon las risas de varias personas. Adrián se giró lentamente hacia la puerta y entonces la vio. Dificilmente disimuló su asombro al ver a la hermosa chica de cabello rubio y sonriente expresión, que entraba rodeada por sus amigos Leonel, Alberto y dos chicas más.

En cuanto Adrián la descubrió, le pareció ver sobre ella la luz de un reflector y hasta un mágico viento que movía con suavidad su cabello, entonces la siguió con la mirada hasta que los cinco entraron a uno de los privados. Solo pudo verla por unos instantes, porque Cinthia reclamaba su atención para que la escuchara y él despertó de la ensoñación.

—¿Lo viste Adrián? Él es Leonel, el que será tu jefe, lo llamé pero no me escuchó y es natural, adora a Rosita.

Adrián la veía como si no comprendiera, pues todavía tenía en las pupilas la imagen de esa

bella chica que le había robado el aliento y unos cuantos acelerados latidos del corazón. En un par de ocasiones volteó a buscarla con la mirada y recibió algunos juguetones periodicazos por parte de Cindy, porque no contestaba a lo que le preguntaba. Algo vio en la hermosa chica rubia que lo había cautivado y por primera vez se sintió a merced de la voluntad de alguien y eso lo desconcertó seriamente.

Pensaba que tal vez había sido su belleza, su sonrisa, que se veía muy feliz o el cariño con el que era tratada por sus amigos. No lo sabía, pero ella lo hizo sentir algo que nunca antes había experimentado y le gustó. Sí, él estaba próximo a cumplir 21 años, aún era muy joven, pero no era para nada inocente, tenía una larga fila de amorosas vivencias que era preferible no saber. Impresionado como estaba, pensó:

—“Noté que ella no me vio, ni siquiera se dio cuenta de mi presencia, pero de eso ya me encargaré después”.

—¡Adrián! ¿Me estás escuchando? —Preguntó Cinthia y recordando sus técnicas con las chicas, sonriendo encantador él respondió:

—Claro que sí, cada una de tus palabras Cindy. —Le dijo mientras pensaba:

—“¿A dónde habrá ido esa lindura? Rosa... si escuché bien se llama Rosa y eso es justamente lo que ella parece”.

En ese momento una de las guapas chicas le entregó un humeante y delicioso café y mientras Adrián agradecía la atención, Cinthia le informó que a esa hora el personal administrativo se tomaba un descanso de 15 minutos. De pronto se vio rodeado por el personal femenino que lo halagaba con sus comentarios, pero él estaba un poco distraído, pues buscaba con la mirada a la chica que lo había cautivado.

Mientras platicaban alrededor de la máquina de café, Cinthia parecía mono colgado de su brazo y le hacía difícil buscar a la rubia con la mirada porque Cindy no dejaba de jalarlo y darle golpecitos en el brazo para llamar su atención.

Aprovechando el descanso, la joven y guapa Gerente de Recursos Humanos lo presentó con los chicos del administrativo y mientras Adrián se presentaba, frente a él se apareció Rosa con su bella sonrisa que lo cautivaba, pero extrañamente no lo miraba ni le sonreía a él, solo a Leonel y a Alberto, que le hacían graciosos comentarios y eso disgustó mucho a Adrián.

Al contemplarla, Adrián pensó que Rosa era como la más bella de las flores y al admirar el brillante cabello rubio que caía sobre sus hombros, pensó que lucía encantadora con ese par de chapitas rosas que aparecían en sus mejillas y que se acentuaban cuando reía. Aunque estaba un poco lejos de él, casi estaba seguro de que sus ojos eran verdes.

No pudo contemplarla por más tiempo porque terminó el descanso y prácticamente Cinthia lo jaló del brazo para conducirlo hacia producción. Caminando hacia la salida, los ojos de Adrián seguían fijos en Rosa, quien ya entraba en su oficina. Al ver que se internó en su despacho, sin darse cuenta murmuró:

—¡Qué lástima, tal vez no pueda verla tanto como deseo! —Entonces Cinthia preguntó:

—¿Qué dijiste?

—Que estoy muy emocionado por trabajar en este lugar.

—Ay Adrián... todos lo estamos.

Le dijo con cierta coquetería. No tardaron en llegar a la oficina del Sr. Leonel Cervantes, quien sonriendo los recibió y mientras ellos dos hablaban, Adrián seguía mirando hacia el área administrativa, hacia donde se había quedado Rosa. Poco después escuchó que Cindy lo llamaba y al encontrarse con los ojos de su nuevo jefe y los de ella, se dio cuenta que los dos sonreían y le miraban de tal manera que parecían astutos zorros a punto de devorar a un ingenuo cachorrito.

Correspondiendo la sonrisa, pensó:

—“¿Estarán esperando que responda algo? No escuché que dijo Cinthia... debo poner más atención para no meterme en problemas”.

A las 5 de la tarde Adrián salió de la fábrica y con gusto vio que su hermana Viviana ya lo esperaba para llevarlo en su coche. Antes de subir, su hermana le entregó las llaves del auto y le ordenó:

—Tú conduce, yo estoy cansada.

—¡Encantado! —Respondió.

—Bueno... ¿Y cómo te fue en tu primer día de castigo?

—Mucho mejor de lo que pensé, hasta creo que mucho me gustará trabajar aquí.

—Por favor Adrián, esa ni tú te la crees.

Sonriendo Adrián encendió el auto y de pronto se dio cuenta que Rosa salía junto con otras compañeras, platicaban tan animadamente que todo parecía indicar que se ponían de acuerdo para ir a cenar.

—Mira Viviana... esa mujer me encanta.

—¿Cuál? ¿La güera?

—Sí, creo que se llama Rosa.

—¡Ay, mira! ¡Qué interesante! —Dijo indiferente, mientras consultaba su celular.

—Ella me impresionó y ni siquiera notó mi presencia, no me hizo caso alguno.

—¡Ay no! ¡Que toquen los violines porque esto es una tragedia!

—Ya Viviana, es en serio... hice todo por llamar su atención, hasta miré hacia el horizonte como si reflexionara acerca de las enseñanzas de Confucio, pero ella ni cuenta se dio de que existo.

—¿Y qué pretendías? ¿Qué te hiciera alguna consulta filosófica?

—No hermana... yo solo quería que me mirara...

Aunque no lo decía, Leonel Cervantes, Jefe de Producción, se sentía molesto porque el Sr. Moncada le había impuesto como asistente a un “Señorito”, a un “Hijito de papi”, pero al pasar algunos días tuvo que reconocer que se había equivocado al juzgar a Adrián Bilbao, ya que resultó ser un empleado eficiente, atento y trabajador.

Desde temprano lo veía verificando las líneas que alimentaban de parafina a las máquinas moldeadoras y cuando iniciaba el proceso de enfriamiento iba a coordinar y ayudar en la elaboración de los pabilos y el empaquetado de las veladoras con envoltura o con vasos de cristal. A Leonel le sorprendía, que Adrián parecía no cansarse, ya que además ayudaba a cargar las cajas de veladoras en los carritos y personalmente las llevaba al almacén.

El Jefe de Producción ignoraba, que esta última labor era la que Adrián realizaba con mayor entusiasmo porque al llevar las cajas y mientras el almacenista contaba y registraba la entrada, él podía acercarse a las ventanas del Administrativo y por unos instantes ver de lejos a la rubia que se había apoderado de sus pensamientos.

Por la enorme cantidad de veladoras que fabricaban, casi todos los días y antes de terminar su turno de trabajo, Adrián llevaba al Depto. de Servicios Administrativos la lista de existencias de corrugados, envolturas, vasos, rollos de hilo de algodón y en fin de todo el material que utilizaban, para que surtieran a tiempo a Producción. Desde luego que cada vez que lo hacía, aprovechaba la oportunidad para saludar a los empleados, de manera especial a los que estaban cerca de la oficina de la hermosa Rosa.

Era en ese momento en que hacía gala de sus dotes de conquista, pero sus esfuerzos resultaban siempre fallidos, porque sin importar lo que hiciera Adrián para llamar la atención de Rosa, ella parecía no notarlo, ni siquiera se tomaba la molestia de voltear a verlo. No obstante su indiferencia, él aprovechaba cualquier oportunidad de pasar cerca de las oficinas para verla y tal vez, tener el privilegio de llegar a encontrarla a su paso, cosa que no sucedía por más que buscara el ansiado encuentro.

Había observado que en el descanso matutino, siempre se le acercaban a Rosa las chicas y los jóvenes que ahí trabajaban, hasta Leonel y Alberto no se perdían el café de las once para platicar y bromear con ella. Era evidente que la hermosa rubia era muy querida por todos sus compañeros y descubrirlo alimentó más la curiosidad y el interés de Adrián, pero también la desazón por su indiferencia hacia él.

A decir verdad, él no estaba acostumbrado a eso, ya que conocía bien su natural encanto y lo empleaba tan bien que nunca le fallaba, chica que le gustaba pronto caía en sus redes. Casi sin darse cuenta llegó la hora de salida del último día de trabajo de la segunda semana y un tanto triste Adrián pensó:

—“¡Qué Agonía! No la veré hasta el lunes... qué diferente sería el fin de semana si Rosa estuviera a mi lado”.

Al salir de Producción se dirigió hacia una de las ventanas del Administrativo y sus ojos se iluminaron al verla porque le pareció que lucía más hermosa que nunca. Se sintió afortunado al poder verla antes de irse a su casa y perdido en su contemplación pensó:

—“Esa preciosa mujer se ve tan segura de sí misma y tan concentrada en lo que hace, que no

se da cuenta de que existo. No sabe que yo haría lo que me pidiera si una vez me mirara y sonriera. Todos la quieren y aprecian, pero yo la quiero más que todos ellos... aunque no me haya mirado ni una sola vez “.

Recargado en la ventana, disimuladamente no dejaba de observar que Rosa continuaba realizando su trabajo contable y aunque parecía que ella no dejaría de hacer su trabajo, él seguía deseando hacer contacto visual y que le regalara la anhelada sonrisa. Mirándola pensó:

—“Mi corazón sufre por esa mirada y esa sonrisa que me niega y no puedo evitarlo porque mi corazón se enamoró desde el primer instante en que la vi. Sí, ese corazón que no sabía que tenía se enamoró y emocionado late a toda prisa cada vez que la veo, pero ella solo me ignora. Por primera vez sufro el desdén de una mujer... ¿Por qué tenía que ser precisamente la mujer más bella que he visto? Me parece una situación injusta... yo la amo y ella ni siquiera sabe que existo...”

—¿Y ahora tú? ¿Qué haces? ¿Estás rezando o qué?

Adrián volteó y se encontró con la suspicaz mirada de Alberto, el Ingeniero responsable de la nave donde estaban las calderas y se procesaba la parafina.

—Mientras esperaba que llegaran por mí me puse a cantar una rola de Pink Floyd. Estaba cantando en voz baja. ¿Me oíste? —Alberto negó—. Nos vemos Alberto, ya llegó mi jefe. Hasta el lunes.

—Ándale, que te diviertas el fin de semana.

Adrián salió de la fábrica con seria expresión y al observarlo, a su papá le dio la impresión de que algo había cambiado en su hijo, pues en solo dos semanas de trabajar ya lo veía más formal, centrado y sobre todo, más responsable. Al Sr. Bilbao no le pasó desapercibido que su semblante era diferente, como si algo en su interior lo inquietara o lo hiciera sufrir, pero no le preguntó al respecto porque pensó que se debía al duro proceso de crecer y madurar.

En virtud de que esa mañana su amigo Pablo Moncada le había comunicado muy buenos informes sobre Adrián, que cumplía con eficiencia y puntualidad su trabajo y que en todo momento su trato hacia los demás era amable y educado, el Sr. Bilbao se sintió tan satisfecho, que en cuanto su hijo abordó le dijo:

—Adrián... como veo que has cumplido cabalmente con tu trabajo, te levantaré el castigo de la camioneta... ya puedes disponer de ella.

Le sorprendió no recibir la típica y eufórica reacción de su hijo y más aún, que con suave sonrisa y serena voz Adrián respondió:

—Te lo agradezco papá, muchas gracias.

Al mismo Adrián le extrañaba su forma de comportarse desde que conoció a la hermosa rubia que lo traía de cabeza, pues desde ese día todo lo demás había perdido importancia y solo esperaba y deseaba que llegara el feliz momento de lograr su atención.

6

Desde que el Sr. Bilbao le había notificado su castigo, Adrián no había visto ni salido con sus amigos y como él siempre había sido el más entusiasta para irse de fandango, a ellos les parecía muy raro que no organizara nada para los fines de semana, así que decidieron ir a visitarlo a su casa.

Cuando sin hacer ruido entraron a su habitación para sorprenderlo, fueron ellos los que se quedaron mirándolo con extrañeza. Su alegre y divertido amigo Adrián estaba recostado en el sofá, con la mirada perdida en la pared y arrojando una y otra vez una pelotita de goma. Su mejor amigo Ricardo, un joven de 23 años rompió el silencio:

—¿Qué onda Adrián! ¿Estás enfermo o qué?

—No...

Respondió con un largo suspiro y al instante su experto amigo Eduardo dedujo con su profunda sabiduría de 20 años:

—Ah... ya entiendo. ¿Cómo se llama?

—Como la más perfumada y bella de las flores... —Y Ricardo exclamó:

—Mmmhhh... ni modo, ahora hay que esperar a que se le pase la emoción a este...

—¿Estás loco? ¿Otro fin de semana de aburrimiento? Levántate Adrián y no seas payaso, necesitamos ir por unas cheves. —Protestó Luis.

—No... no tengo ganas. —Entonces le dijo Eduardo:

—Pues sí que te pegó duro... pero ni modo, recuerda nuestra regla de oro, ninguna mujer es más importante que los amigos. —Adrián les dirigió una mirada y al torcer ligeramente los labios respondió:

—Está bien... ¡Vamos!

Al llegar a su centro de diversión favorito, no tardaron en disfrutar de sus famosas cervezas preparadas con un montón de menjurjes y al estar bebiendo platicaban y bromeaban con su habitual lenguaje que avergonzaría a un carretonero. Adrián estaba tan distraído, que solo veía su tarro de cerveza, entonces Eduardo le preguntó:

—Bueno... ¿Qué no piensas platicarnos de la chica que te trae así? —Adrián levantó la vista y exclamó:

—Es una preciosidad de mujer, muy inteligente, educada y se llama Rosa... —Suspiró profundo y se perdió en sus recuerdos, entonces Eduardo insistió:

—Oye no te quedes callado, síguele... ¿Ya saliste con ella?

—¿Salir con ella? ¡Ja! ¡Qué más quisiera yo! —Presintiendo que se trataba de algo más serio, Ricardo preguntó:

—¿Qué te impide salir con ella? Dinos, somos tus amigos y queremos entender lo que te sucede. —Con seria expresión Adrián empezó a hablar:

—Desde el primer momento en que la vi me impactó y desde ese día he intentado mil maneras de llamar su atención, pero todo parece indicar que para ella no existo. Constantemente voy al Administrativo a dejar o recoger papeles y las auxiliares se me acercan para bromear, hasta las de Ventas, pero ella ni por curiosidad voltea a verme. Todo el personal la quiere mucho y durante el descanso matutino siempre está rodeada de sus compañeros y al platicar con ellos sonrío de una

manera que te roba el aliento... esa hermosa mujer no tiene ni la menor idea de lo que provoca en mí al verla sonreír. Aunque parezca una estupidez, despierto y dormido sueño con lograr hacerla mi novia... —Sorprendido lo interrumpió Luis.

—¿Sueñas? ¿Te has vuelto loco? Tú eres nuestro gallo, nuestro “jirou”, cada chica que te ha gustado de volada la haz hecho tu novia.

—Ella es diferente a cuantas he conocido, porque aparte de bella y encantadora, es muy seria y formal. Quiero saber qué tipo de hombre le gusta porque haré hasta lo imposible por ser lo que ella quiere, pues solo así lograré que me mire y me regale su angelical sonrisa.

Sus amigos lo veían con asombro, como si de pronto Adrián se hubiera convertido en un ser extraterrestre, entonces Ricardo le dijo con sinceridad:

—Tú no necesitas convertirte en nadie más Adrián, solo calma tus emociones y verás que encontrarás la manera de llegar a ella.

—Cómo puedo calmar mis emociones si cada vez que la veo mi corazón late más fuerte y anhelante y me quedo como petrificado esperando que me mire y me sonría. Siempre tiene una sonrisa para todos, hasta para el zoquete del guardia, pero no para mí y eso me duele. Créanme, mi hermosa Rosa está tan bonita, que estoy seguro de que hay muchos chavos cuyo corazón palpita acelerado nada más de verla. Aunque sé que es muy difícil que esa preciosidad se fije en mí, no sé cómo, pero he de lograr llegar a su corazón para que me mire y me sonría como yo a ella...

—Oye Adrián, ya me estás asustando, creo que te estás enamorando en serio de esa chica. — Le dijo Eduardo y sonriendo Adrián respondió:

—Claro que no, lo que sucede es que su indiferencia despierta mi interés.

—Pues yo espero que pronto te haga caso, porque honestamente esa chica te está haciendo hablar muy “meloso”. —Adrián solo sonrió y Ricardo agregó:

—No les hagas caso Adrián, yo creo que es grandioso cuando una linda chica despierta nuestros sentimientos y hasta nos hace hablar solos.

Los cuatro amigos solo platicaron un rato más porque Adrián se retiró temprano, pues no quería provocar un nuevo disgusto con su padre.

Al ver que Adrián regresaba antes de las once de la noche, su hermana se sorprendió y lo bromeó:

—¿Y ahora? Estaba segura de que te veríamos hasta el domingo, tal parece que te cayó bien el trabajar, hasta me haces pensar que ya estás madurando.

Él solo sonrió y continuó caminando hacia su habitación y como no era normal verlo en esa quieta actitud, Viviana lo siguió y cuando entró en su recámara se sentó en uno de los sillones y le preguntó directo:

—¿Y bien? Suelta la sopa. ¿Qué te pasa? —Adrián se dejó caer en el sofá.

—No lo sé bien... estoy acostumbrado a que las chicas me vean, me sonrían y hagan todo por acercarse a mí... —Viviana aprovechó para molestarlo:

—¡Ya! ¡Bájale dos rayitas a tu ego!

—No es ego y lo sabes bien porque te consta... pero esta chica ni siquiera voltea a verme... ¿Será que no soy de su tipo? Pero eso no es posible, soy alto, fuerte y aunque se oiga mal, creo que bastante guapo y lo que más adoran las mujeres, soy simpático... ¿Qué más quiere? —Entonces observó que su hermana lo veía haciendo una exagerada mueca con la boca.

—¿Te das cuenta que has descrito casi un Adonis? —Adrián ignoró su comentario.

—He intentado de todo para llamar su atención, pero nada de lo que hago parece funcionar. Literal... ¡No me pela! No sé si sea buena suerte, coincidencia o qué, pero descansamos el mismo día o sea, la tarde del sábado y el domingo.

—¡¡¡Daaah!!! ¡Pero qué tonto eres Adrián! En la gran mayoría de las fábricas se descansa la tarde del sábado y el domingo. —Él seguía ignorando sus intentos por molestarlo.

—Afortunadamente solo es día y medio, porque si fuera más tiempo yo me sentiría muy mal por no verla.

—Ya veo porque no te hace caso, seguro es una chica inteligente y nada más ve lo burro que eres.

—Sí, tal vez eso es lo que sucede... pero eso tiene solución, desde hoy empezaré a estudiar y seré un estudiante ejemplar.

—¿No te digo? Dices cada babosada, que me obligas a carcajearme por media hora. ¿Hoy vas a empezar a estudiar? ¡Estás de vacaciones y regresas a estudiar hasta principios de septiembre!

—No lo entiendo Viviana... tengo una figura atlética, soy guapo y no olvidemos que super simpático y entonces... ¡¿Por qué chingados no me habla ni siquiera me mira?!

—Sencillo Adrián, porque la belleza física no es condición para el amor. Casi te puedo asegurar que a ella le gustan los hombres serios y formales y tú querido hermanito, ni siquiera conoces el significado de esas palabras.

—Tal vez ya tiene novio y por eso es tan seria, porque no le interesa ningún otro hombre... pero de todas maneras es cruel conmigo, porque es evidente que derrapo por ella y ni por eso me regala su sonrisa, ni siquiera una rápida mirada, solo me ignora. Está tan guapa, tan bonita, que seguramente sólo se fijará en chavos súper galanes y con un montón de dinero.

—¡Oye! Tú eres galán y también tienes dinero.

—No Viviana, es nuestro padre quien tiene dinero, yo no... yo solo soy un estudiante... y

bastante malo por cierto. —Ese comentario le dolió a su hermana, pero disimulando exclamó:

—Vaya, hasta que dijiste algo congruente.

—¿Sabes Viviana? Voy a hacer todo lo que sea necesario para merecerla...

Dijo con decidida voz y su hermana Viviana lo miró con una expresión de orgullo y satisfacción, entonces salió de la habitación para dejarlo en su mundo de ensoñación.

El lunes llegó y como los días anteriores, Adrián cumplía con eficiencia y rapidez sus labores. Para su buena suerte, a las nueve de la mañana Leonel le pidió que fuera a recoger unas órdenes a la oficina de la Contadora y encantado de la vida él aceptó, pues sentía que era su gran oportunidad para poder entablar una conversación con ella.

Emocionado respiró profundo, tocó a la puerta y al no recibir respuesta entró y se paró frente al escritorio. Como siempre, ella estaba súper apurada haciendo cuentas con la calculadora a una velocidad de genio y ni siquiera miraba la máquina y por supuesto ni a él, solo los papeles que tenía sobre el escritorio. Aunque sabía que solo tenía que pedir las órdenes, no quiso perder la oportunidad de hacer algo de conversación:

—Disculpa... ¿Te llamas Rosa Rojo o así te dicen de cariño?

Al instante ella detuvo la velocidad de sus finos y delgados dedos y sin mirarlo se quedó quieta, entonces Adrián se reprochó a sí mismo por hacer una pregunta tan estúpida... pero la desesperación lo impulsó a realizar tan importante investigación, que resultaba digna del premio Nobel de Literatura. Finalmente ella lo miró y sonriendo respondió:

—Me llamo Rosa Rojo... ¿Vienes por las órdenes?

Sintiendo que se derretía por la emoción, sonriendo feliz Adrián asintió, en ese momento Alberto entró a la oficina de Rosa urgiéndolo por los documentos.

—¿Qué esperas Adrián? Apúrate y llévale las órdenes a Leonel porque ya casi se vuelve loco.

—Rosa tomó unas hojas y al entregárselas a Adrián dijo:

—Tranquilo Alberto, estaba ocupada y hasta este momento se las estoy entregando.

—Gracias Rosa.

Dijo Adrián con radiante sonrisa y con rápidos pasos regresó a su trabajo. Durante el resto de la jornada solo podía pensar en lo que al fin había sucedido:

—“No puedo creerlo, al fin ella me miró y me sonrió, pero... ¿Si me vio y me sonrió a mí o como a cualquier otro? ¡No lo sé carajo! ¡Me vas a volver loco!”

Esto último lo dijo tan alto, que sus compañeros de producción se rieron, pues pensaron que le estaba gritando a la máquina moldeadora.

Al terminar su jornada, una vez más se detuvo en una de las ventanas del Administrativo para poder verla de lejos, pero no tuvo éxito. Entonces comenzó a caminar hacia la salida y de pronto se encontró de frente con Rosa, quien para variar iba viendo unos papeles. Al notar que ella caminaba hacia la puerta del Administrativo, Adrián se le acercó y le dijo con firme pero amable voz:

—Permíteme Rosa, yo te abro la puerta. —Sorprendida se detuvo y por unos segundos lo miró a los ojos, luego asintió con un ligero:

—Gracias.

Mientras caminaban los pocos pasos que los separaban de la puerta, Adrián se sintió nervioso, algo que era nuevo para él, pero también se sentía en armonía con el universo porque Rosa iba caminando a su lado. Al abrir ella volvió a agradecerle y tras cerrar la puerta, él caminó hacia su camioneta sintiéndose feliz y satisfecho por su gran hidalguía.

Al abordar su camioneta, por un momento Adrián recordó los instantes que Rosa caminó a su lado y también recordó el delicioso aroma de su perfume. De pronto reaccionó al escuchar que alguien lo llamaba y al voltear vio que era Sara, una de las guapas auxiliares del Administrativo, quien al acercarse le preguntó:

—¿Ya te vas Adrián?

—Sí... ¿Y tú?

—También y llevo algo de prisa... ¿Me puedes dar ride?

—Claro que sí, sube.

—Disculpa el abuso, llamé a lo de los taxis y todos estaban ocupados, me dijeron que tardarían una media hora en llegar.

—No te preocupes, te llevo con mucho gusto.

—Gracias Adrián. ¡Oye! Qué lujosa está tu camioneta.

Adrián solo sonrió y mientras arrancaba se dio cuenta, que no había dicho nada para tratar de impresionar a esa guapa chica, era como si de pronto no le importara aplicar sus talentos de conquista y es que solo tenía en su mente a Rosa. Como Sara y él ya habían platicado en otras ocasiones, se decidió a preguntarle:

—Oye Sara... ¿Rosa tiene novio? —Ella volteó y sonriendo le dijo:

—¡Ándale! Te gusta ¿eh? Pero siento decirte que andas mal porque ella es una chica seria, con ella no se juega Adrián.

—Sí claro, obviamente, eso se ve de inmediato. —Eso respondió Adrián, mientras pensaba: “Y cuando chingados te dije que yo quiero jugar con Rosa, no me dirías eso si supieras que día y noche solo sueño con hacerla mi novia formal”.

—Ah y déjame decirte también, que Rosita es muy propia y nunca dice groserías, así que no deberías decirlas frente a ella.

—Eso sí que está difícil Sara. —Los dos rieron y Adrián se sintió más entusiasmado porque estaba obteniendo información sobre la hermosa Rosa.

—No quiero desilusionarte, pero no creo que se fije en ti porque ella es toda una dama.

—Vaya, gracias Sara. —Dijo con sarcasmo Adrián.

—No te ofendas Adrián, tú estás guapísimo y eres súper simpático, pero seamos honestos, no eres la clase de muchacho que debería acercarse a Rosita.

—¿Por qué no?

—Porque tú eres un rompe corazones y ella se merece un caballero.

—¡Ándale! Gracias otra vez Sara.

—Sabes bien a qué me refiero... mira... es ahí donde bajo. Gracias por traerme Adrián.

—Fue un placer Sara.

—Y si quieres salir a divertirte, yo estoy disponible.

Con pícara sonrisa le dijo antes de bajar y lejos de tomar como una invitación lo que dijo, a él lo puso de mal humor y mientras manejaba de regreso a su casa refunfuñaba:

—Muy bien Sara... tú y los demás pensarán que no soy el indicado para Rosita... pero eso lo veremos.

Sus amigos le llamaban casi a diario para salir a divertirse, pero Adrián no sentía ningún deseo de salir porque prefería quedarse en casa con sus videojuegos, para escuchar música o simplemente ponerse a jugar con sus perros. No quería saber nada de parrandas ni de otras chicas y por supuesto recibía los constantes reproches de sus amigos. Esa noche no fue la excepción y volvieron a llamarlo:

—Oye Eduardo... ¿Cuántas veces tengo que decirte que tengo que levantarme temprano? Entiende que yo sí trabajo.

—Neta wey, nos tienes hartos con tus excusas, ya aliviánate.

—No son excusas, no seas baboso y agarra la onda, ya les dije que entre semana no puedo desvelarme porque si lo hago, voy a tener otro broncón con mi jefe.

—Luis y yo hemos hablado y creemos que todo es por la chava esa.

—¡Ey! A ella no la metan, brincos diera porque al menos me tirara un lazo, pero ni me pela y sí me afecta, porque es la primera vez que me pasa esto... pero el que no salga es por mi jefe, no quiero más broncas.

—¿Y qué? ¿Ya te vas a convertir en el niño bueno?

—No, para nada... pero agarren la onda.

—Bueno, ni hablar, estás de lo más pesado... entonces no vemos hasta el viernes.

Adrián colgó el teléfono y pensativo se tumbó en la cama. Aunque le consoló saber que Rosa no tenía novio, se sentía desanimado, no sólo por lo que le dijo Sara, sino por la fría indiferencia de Rosa que siempre estaba trabajando, que no paraba de teclear y hacer cuentas. Aun cuando él trataba de llamar su atención, no lograba que volteara a verlo y le sonriera, estaba tan concentrada en lo que hacía que parecía no oírlo ni verlo.

Al contrario de Rosa, cada vez que entraba al Administrativo todas las chicas se mostraban tan lindas y amistosas, que bastaba con que lo pidiera para que salieran con él, pero por primera vez no le importaba ser el centro de atención de ninguna otra chica, sólo quería la atención de quien nunca parecía notar su presencia.

Trabajando y tratando de llamar la atención de Rosa pasó la semana y cuando llegó el viernes ya no pudo escapar de sus amigos. Fueron al bar acostumbrado y para que dejaran de molestarlo fingió buen ánimo, pero ya le resultaba más fastidioso que agradable el estar en ese lugar.

De pronto empezó a escuchar una canción que le hizo sentir en lo más profundo de su ser lo desdichado que se sentía, pues a pesar de los esfuerzos que hacía por llamar la atención de la hermosa Rosa, él no existía para ella y se sintió como ese pavorreal que en vano muestra sus mejores plumas. Al estar escuchando la canción unas chicas se les acercaron, pero Adrián no tenía humor para estar de galán porque solo Rosa estaba en su pensamiento, solo esa cruel mujer que no se apiadaba de su sufrimiento.

Adrián se sorprendió al ver que entre las chicas que se les habían acercado se encontraba Cinthia, la Gerente de Recursos Humanos, entonces aprovechó para presentarle a su amigo Ricardo y a cada uno le habló maravillas del otro. La verdad lo hizo para que se entretuvieran descubriendo sus cualidades y no lo estuvieran molestando, pero al darse cuenta que de inmediato los dos quedaron prendados, Adrián sonrió con satisfacción porque Ricardo era un buen amigo y Cindy una chica encantadora.

Aprovechando que sus tres amigos estaban distraídos platicando con las chicas que se habían acercado, Adrián salió a caminar. La noche estaba un poco fría, él encendió un cigarrillo y al caminar una sola cuadra, con el corazón palpitando acelerado se detuvo en seco, no podía creer lo que estaba viendo. En la cafetería de enfrente Rosa estaba platicando con una distinguida señora que parecía ser su mamá y al verla, de pronto la noche se iluminó y se sintió más cálida.

Por unos minutos Adrián se quedó mirando el suave movimiento de sus manos al platicar y admirando esa sonrisa suya que lo cautivaba. Se veía tan bonita que él no podía evitar sonreír, porque aun cuando no lo estuviera mirando a él, se sentía feliz al solo verla. Después de unos cuantos minutos se decidió a entrar y para su fortuna le asignaron una mesa más o menos cerca de donde estaba Rosa, y desde ahí pudo escuchar su voz y esa risa que llegaban a él como dulce melodía. Sólo pidió un café y mientras lo tomaba con lentitud, su mirada estaba perdida en la linda rubia.

Poco después Rosa y su mamá se levantaron para salir de la cafetería y mientras Adrián intentaba pagar rápido su consumo para ir tras ellas, se dio cuenta que un coche rojo pasó a recogerlas.

Lamentó no haber pensado y reaccionado con mayor rapidez, pues cuando salió ya era demasiado tarde para saludarla y entablar una ligera conversación que le diera el pretexto para acercarse a ella el lunes... no le cupo la menor duda, el amor aletargaba su pensamiento, pero no su corazón.

Cerca de las 10 de la mañana del lunes y mientras Adrián supervisaba la carga de las cajas de veladoras, Leonel se acercó para pedirle:

—Adrián... ¿Me puedes hacer un favor? Necesito que vayas al Administrativo y le entregues a Rosita estos comprobantes de incapacidad de los dos empleados que se resfriaron y faltaron tres días.

—Con gusto Leonel, enseguida regreso.

Desde luego que aceptó con mucho gusto y cuando ya se acercaba a la puerta de entrada, ésta se abrió y salieron Alberto y Rosa. Al verlos Adrián sintió como agujas en el estómago, le molestaba ver que tanto Alberto como Leonel no perdían oportunidad para estar cerca de la hermosa rubia.

Inesperadamente Rosa volteó a verlo y le regaló tan encantadora sonrisa, que casi lo hizo trastabillar. Sintiendo que flotaba entre nubes cumplió con el encargo de Leonel y luego regresó a sus labores. Cerca del mediodía, su jefe lo llamó a su oficina y lo invitó a tomar asiento:

—Adrián... hace unos minutos me llamó el Sr. Moncada y me notificó que a partir de mañana trabajarás en el Administrativo... —Un tanto sorprendido lo interrumpió:

—¿Qué pasa Leonel? ¿Hay alguna queja de mi trabajo? —Leonel sonrió:

—No Adrián, al contrario, por eso quiere que ahora aprendas algo del Administrativo y de Ventas. Esto va a significar un poco más de sueldo y además galán, ya no tendrás que vestir uniforme.

—Pues... gracias Leonel, muchas gracias por todo lo que me enseñaste.

—Gracias a ti por el interés que mostraste para aprender... ahora pon atención, mañana llegas a reportarte con la Sra. Martha Cisneros. Te va a traer como hilacha de un lado para otro, pero si tú quieres, con ella vas a aprender mucho.

Después de platicar unos minutos más, Adrián regresó a su trabajo y mientras lo hacía pensaba:

—“Ni en sueños me lo hubiera imaginado... casi no puedo creerlo, voy a estar mucho tiempo en el área administrativa y eso quiere decir que voy a estar más cerca de ella y que podré verla con mayor frecuencia.”

Al día siguiente, Adrián llegó a todo lo que daba, vistiendo con fino traje y por supuesto, luciendo más atractivo. En cuanto se reportó con la Sra. Cisneros comprobó lo que dijo Leonel, por la mañana estaría en Ventas de Mostrador, para que sus compañeros le enseñaran sobre venta directa y por la tarde debía trabajar en Facturación.

Mientras atendía a los clientes, con gran sorpresa descubrió que Rosa sí lo miraba, pero en cuanto sentía que él volteaba a verla, rápido ella desviaba la mirada, fingiendo así que no había notado su presencia. —Al descubrirlo, Adrián echó a volar la imaginación:

—“Ajá, entonces es que la pongo nerviosa... ¿No será demasiada vanidad de mi parte?”.

El jueves por la mañana y aprovechando que en ese momento no había clientes en el mostrador, Adrián fue a entregar copias de la facturación a las Secciones correspondientes y de pronto vio que Rosa se dirigía hacia la puerta de salida. Sin pensarlo de dos zancadas se acercó para abrirle la puerta.

—Por favor permíteme... —Y justo en ese momento, la Cajera de nombre Margarita le dijo al salir:

—Ay Adrián, gracias, tú siempre tan lindo.

Sin entender de dónde había salido Margarita, él volteó a ver a Rosa, quien al parecer entendió que la atención fue para la Cajera, pues solo lo miró sin sonreír y sin agradecerle. En cuanto ellas salieron, Adrián murmuró:

—¡Mellevalachin!

Cuando terminó de entregar las copias, Adrián regresó al mostrador bastante molesto consigo mismo, entonces uno de sus compañeros le dijo:

—Que vayas con la Contadora Rojo.

Adrián sintió que una mano le apretaba el corazón y sin perder un segundo atendió su llamado. En cuanto entró a su oficina, Rosa levantó la vista y le preguntó:

—¿Cuál es tu apellido? —Por un par de segundos él se quedó como pasmado.

—B-Bilbao, me llamo Adrián Bilbao Rosita.

—Gracias Adrián... ¿Podrías hacerme el favor de entregarle esas requisiciones a la Sra. Cisneros? Ya están firmadas. —Él las tomó del escritorio y decidido a romper el hielo con ella contestó:

—Con mucho gusto Rosita... ¿Sabes? Pensé que te decían Rosa porque tienes la misma belleza de esa flor y Rojo, porque siempre tienes dos chapitas rojas. —Ella lo miró fijamente y sus chapitas se acentuaron—. Si no ordenas otra cosa, me retiro.

—Gracias... Adrián Bilbao.

Fue lo que Adrián alcanzó a escuchar al salir de la oficina, aunque estaba seguro de que ella había dicho algo más. Después de entregar los documentos a la Sra. Cisneros, regresó al mostrador y cada vez que tenía unos minutos libres se preguntaba:

—“¿Por qué preguntaría mi apellido? ¿Acaso solo fue un pretexto para iniciar una conversación conmigo? Esta chica es un enigma, me hace pensar tanto, que va a lograr que me estalle la cabeza. Siempre me sentí orgulloso porque sabía lo que una mujer quería o no quería de mí, pero con esta chica no entiendo nada”.

Adrián siempre usaba su encanto para aturdir a las chicas, ya estaba acostumbrado y disfrutaba cuando veía que por la emoción ellas tartamudeaban y temblaban en su presencia. No podía creer que ahora él era quien se sentía aturdido y que llegó hasta tartamudear cerca de ella.

Como era habitual cuando se acercaba el fin de semana, de pronto llegaron tantos clientes a comprar parafina que parecía que la estaban regalando y con el deseo de atenderlos de la mejor manera posible y lo más rápido, Adrián se olvidó por un rato del problema sentimental que robaba sus pensamientos y lastimaba su corazón.

10

Después de un buen rato de atender a todos los clientes la actividad se calmó y tomó su ritmo normal, entonces se acercó una de sus compañeras y le dijo:

—Muy bien Adrián, estaba pendiente de ti porque creí que te “apanicarías” con tanta gente, pero no lo hiciste y me fijé que conoces bien nuestros productos.

—Pues gracias Lupita, creo que me ayudó el haber estado en producción. —En ese momento sonó el teléfono y uno de los compañeros le avisó:.

—¡Adrián! Que vayas a Recursos Humanos.

—Discúlpame Lupita y gracias por tu ayuda.

Su compañera sonrió amigable y él se retiró. Adrián apenas había entrado a la oficina de Cindy, cuando ella lo abrazó emocionada.

—¡Ay Adrián, me siento tan feliz! ¡Tu amigo Ricardo y yo ya somos novios!

—Me alegra saberlo Cindy, en cuanto los vi supe que serían uno para el otro.

—Ven siéntate, voy a contarte como estuvo todo. Ya ves que el sábado te fuiste del bar, bueno... pues él y yo bla, bla, bla, bla, bla...

Eso fue lo único que Adrián escuchó durante todo el tiempo que Cindy se tomó para hablarle de su idilio, claro que en varias ocasiones él asintió con una sonrisa y dos o tres veces reforzó la plática con un profundo y emocionado: “órale”. Después del largo monólogo, finalmente Cinthia le dijo:

—Ahora dime... ¿Cómo te has sentido? Te he notado raro y ya Ricardo me dijo que andas derrapando por una muchacha de aquí... confía en mí y dime quién es.

—Derrapo y estoy total y completamente encantado, pero sin esperanza...

—¿Cómo sin esperanza? Con lo guapísimo que estás eso no es posible, ya me intrigaste, dime quién es... —él se quedó mirándola—. Anda, dime quién es.

—Es Rosa... —Espetó con sinceridad y ella lo miró atónita, hasta después de unos segundos reaccionó y exclamó:.

—Bueno, eso sí va a estar medio difícil, pero yo te voy a ayudar... ¿Has intentado algo?

—Pues sí, pero cada vez que me acerco ella me hace pensar que le soy totalmente indiferente y eso me duele... a mí Rosa me encanta, pero es evidente que yo a ella no. Dos personas de aquí me han dicho que la olvide porque ella jamás se fijaría en alguien como yo, pero no puedo porque siempre está en mi pensamiento. Además me siento de la fregada porque ayer escuché algo que no me ha dejado en paz...

—¿Qué escuchaste? Cuéntame...

—Creo que Rosa sí sale con alguien...

—No lo creo... ¿Por qué lo dices?

—Ayer estaba afuera de su oficina porque le estaba entregando a su secretaria unos documentos de la Sra. Cisneros, en eso entró Leonel y cuando recibía las copias firmadas escuché algo que me perturbó... él le dijo: “No finjas Rosa, ya descubrí que estás saliendo con alguien. ¿Quién es? Cuéntame y no me dejes con la curiosidad”.

—¿Y ella qué respondió?

—Sonriendo tranquila le dijo que estaba equivocado, pero tal vez no le quiso decir porque yo

estaba cerca.

—No te preocupes Adrián, yo te investigo eso... oye, pero qué sorpresa, yo pensaba que querías con Margarita...

—¿Con Margarita? Claro que no. ¿Por qué lo dices? —Exclamó entre alarmado y preocupado, pues pensó que tal vez así lo creía Rosa.

—Porque he visto que platicas mucho con ella. —Adrián negó con la cabeza.

—No, lo que sucede es que quiere que la invite a salir, pero no...

—Bueno... déjame a mí.

Con la esperanza de que Cindy obtuviera la información que lo estaba inquietando, Adrián regresó al mostrador y poco después se pasó a la Sección de Facturación para aprender.

Al día siguiente, en cuanto tuvo la oportunidad fue a Recursos Humanos y encontró muy sonriente a Cindy, quien entendiendo su desesperación de inmediato le dijo:

—¿Qué crees? Ayer en la tarde estuve platicando con Rosa y me dijo que no sale con nadie. —Adrián sonrió con esperanza—. Lo que pasa es que ese Leonel es un latoso con ella. —La sonrisa desapareció y preguntó:

—¿Quiere andar con ella? —Cindy soltó tal carcajada, que él casi se sobresaltó.

—No... ¿Cómo crees? Leonel anda con Alberto.

—¡Ah! —Sorprendido respondió, pero al mismo tiempo con alivio.

—Yo creo que debes invitarla a salir.

—Bueno... hoy lo haré...

—Pues ve de una vez, para que mañana sábado salga contigo.

—De acuerdo.

Al salir de la oficina de Cindy, Adrián se sentía tan entusiasmado que su corazón latía acelerado y también sintió un ligero temblor en el estómago bastante molesto, entonces no pudo evitar sonreír, era la primera vez que se sentía nervioso al invitar a salir a una chica.

En cuanto Adrián llegó a la puerta de la hermosa rubia, por primera vez le pareció bastante difícil cruzar el umbral y más aún porque observó que como siempre, Rosa estaba concentrada tecleando la computadora a gran velocidad. Casi sin darse cuenta tocó a la puerta y ella pareció despertar de un trance, entonces con su cautivante sonrisa lo invitó a pasar, aunque no le sostuvo la mirada más de unos segundos.

—Con permiso Rosita... eh... ¿Cómo estás?

—Bien Adrián, gracias... ¿Y tú?

—B-bien, también...

Los dos se miraron y al ver que se acentuaba el rubor de sus suaves mejillas, Adrián sonrió. De pronto los dos reaccionaron con ligero sobresalto al escuchar la acelerada voz de Alberto, que en ese momento entraba:

—¡Ay, qué bueno que te encuentro Adrián! Te andaba buscando, necesito que me hagas un favor... ¿Me puedes dar ride al Banco? Mi coche está en el taller.

—Sí Alberto. —Respondió sin dejar de ver a Rosa.

—Pues vamos porque me cierran el Banco. —Entonces Alberto notó que los dos se miraban y sonriendo dijo: —Deja que me lleve a este muchacho, luego te lo regreso.

Rosa sonrió y regresó su mirada al teclado para continuar trabajando, mientras no muy contento Adrián salía en compañía de Alberto para llevarlo al Banco. Cuando ya iban en camino hacia la institución bancaria, Alberto volteó a verlo y le dijo:

—Andas tras Rosita. ¿Verdad? —Sin contestar, Adrián sólo le dedicó una rápida mirada—. Sí, ya lo sabía, es súper obvio, pero estás perdiendo tu tiempo, ella no se fijaría en ti porque necesita a alguien más... serio. —Adrián lo miró.

—¿Y qué te hace pensar que no soy serio?

—Ay Adrián, por favor... mira, no te quiero desmotivar, pero no vas a lograr nada. Seamos sinceros, a ti solo te encanta inquietar y alborotar a las chicas, entonces mejor invita a salir a Margarita que se muere por ti, a Lety o a Sara, no sé, a cualquiera, pero no a Rosita, ella es alguien especial.

—Ya lo sé... sé lo especial y diferente que es.

—Si insistes vas a terminar por lastimarla, bueno, que conste, yo ya te dije. Deja corro al Banco y tú mientras busca donde estacionarte. ¿Sale?

—Sí Alberto, te espero en el estacionamiento del Banco.

Mientras Alberto hacía sus depósitos en el Banco, Adrián salió de la camioneta y se recargó en la portezuela mientras fumaba y trataba de pensar cómo convencer a Rosa para que saliera con él.

Afortunadamente Alberto no tardó mucho y cuando llegó a la camioneta le agradeció por el favor que le había hecho, entonces abordaron y regresaron a la oficina. Durante el resto de la tarde Adrián estuvo pendiente para ir a invitar a Rosa, pero llegó la hora de salida y no pudo hacerlo porque la Sra. Cisneros estuvo con ella todo ese tiempo.

El personal administrativo empezó a salir y hasta el final lo hizo Adrián, que al llegar a su camioneta abrió la portezuela y con el pretexto de estar acomodando las tres o cuatro revistas de

deportes que traía, hizo tiempo para esperar a Rosa. Finalmente encendió un cigarrillo y se recargó en la camioneta, en ese momento ella salió y al instante su mirada se encontró con la de Adrián, quien en dos pasos se plantó frente a la hermosa rubia:

—¿Ya te vas Rosita?

—Sí Adrián.

—¿Me permites llevarte a tu casa?

—Gracias Adrián, pero vienen por mí, mira... —Señaló un automóvil rojo que ya se estacionaba detrás de su camioneta.

—¡Ah, ya veo!

—Hasta el lunes Adrián.

Con paso presuroso Rosa abordó el coche, mientras él la veía partir sin haberla invitado a salir. Furioso arrojó el cigarrillo al piso, se subió a la camioneta y arrancó con dirección a su casa.

Después de las nueve de la noche llegó al bar para reunirse con sus amigos y durante un buen rato se la pasó refunfuñando. Como ellos se estaban divirtiendo y bailando con sus chicas, una hora después salió del bar y caminó hacia la cercana cafetería donde una vez había visto a Rosa con su mamá.

Con paso decidido llegó a la esquina y con decepción observó que no se veía en ninguno de los ventanales. Hizo el intento de retirarse, pero sintiendo melancolía decidió entrar y tomar una taza de café. Espero por un buen rato, pero al ver que ella no aparecía pagó su cuenta y se fue.

Estando a punto de subir a su camioneta, lo alcanzaron sus amigos que salieron del bar para continuar la celebración en casa de Luis, quien ya los había llamado varias veces para recordarles, no de muy buena manera, que los estaba esperando. Como Eduardo se había adelantado para llevarse en el coche de Ricardo a varias chicas, le pidieron que les diera ride y Adrián aceptó, pero se negó a quedarse en la fiesta. Ricardo y Cinthia se sentaron en el asiento de atrás y de pronto una de las amigas de Cindy se sentó junto a él y con coquetería le dijo:

—Yo voy a ser tu acompañante guapo.

Adrián sonrió con frialdad y arrancó tratando de disimular su mal humor. Manejando hacia la casa de Luis hizo alto en una luz roja y al observar que la gente salía del cine, con gran sorpresa vio que Rosa y su mamá ya estaban subiendo al coche rojo. Al instante la noche se iluminó para Adrián y sonrió con alegría, pero de pronto reaccionó al sentir un manotazo en el hombro, era Ricardo que le decía:

—¡Ya arranca! ¿Que no oyes que los carros están pite y pite?

Entonces Adrián vio que ya estaba la luz verde del semáforo y arrancó, pero bastante despacio. En la siguiente esquina hizo una maniobra medio arriesgada para alcanzar al coche rojo, que de pronto ya daba vuelta a la derecha.

—Oye... ¿Qué haces? Sabes bien que no es por aquí. —Reclamó Ricardo.

—¿Ves ese coche rojo que va al frente? Es de Rosa.

—¿De Rosita? —Emocionada preguntó Cindy porque sabía lo que significaba para Adrián—. ¿Dónde? No lo veo...

—Allá, como cinco coches adelante.

—¿Y la estamos siguiendo Adrián? —Preguntó con entusiasmo.

—Sí Cindy...

Adrián pisó el acelerador y después de meterse por aquí y por allá logró alcanzar al coche rojo. Al llegar a un semáforo en rojo se dio cuenta, que el conductor era una guapa y joven mujer parecida a Rosa y supuso que era su hermana y junto a ella iba su mamá. Entonces vio que en el

asiento de atrás estaba Rosa y que lo veía fijamente, como si le asombrara el repentino encuentro. Adrián se sintió tan contento que la saludó con fuerte voz:

—¡Buenas noches Rosita!

Con un ligero ademán y una sonrisa apagada ella lo saludó y en ese momento el coche rojo continuó su camino y Adrián lo siguió. Volvieron a coincidir en el siguiente semáforo, pero esta vez Rosa veía hacia el otro lado y por más esfuerzos que hacía Adrián para asomarse y decirle algo, ella no volteaba. En ese momento recapacitó, que junto a él llevaba a una guapa chica... entonces dejó partir el coche rojo y prácticamente se derribó sobre el volante.

—¡¡¡Aaaggg!!

Fuerte gritó Adrián, mientras le daba un par de manotazos al volante. Ricardo y Cindy se miraron porque entendieron lo que había sucedido y se sintieron culpables.

Poco después, cuando llegaron a la casa de Luis, por más que insistieron no lograron que Adrián se quedara. Esa noche no durmió, se la pasó fumando y oyendo música, no podía olvidar la expresión de esa cara tan bonita cuando se dio cuenta, que él llevaba a su lado a la guapa chica.

Lo trastornaba que la encantadora sonrisa de Rosa se hubiera transformado en una sonrisa de cortesía. Recordaba a cada instante que esos claros y hermosos ojos lo miraron con alegría y un instante después, con una mezcla de tristeza y decepción.

No, no podía quitarse de la mente ese bello rostro y su forma de mirarlo... pues de alguna absurda manera sintió que le había sido infiel a Rosa y no podía con ello.

El lunes llegó al fin y Adrián se presentó a trabajar media hora antes para ver entrar a Rosa y mientras la esperaba se puso a platicar con el guardia para hacerle discretas preguntas sobre la hermosa rubia. Cuando ella llegó, a su paso saludaba a todos con alegre sonrisa y cálida voz y al acercarse a la puerta de igual manera saludó al guardia, pero a él lo saludó tan fríamente, que Adrián sintió que había llegado al Polo Sur. Durante todo el día ella no volvió a dirigirle una sola mirada y mucho menos una sonrisa.

Adrián estaba en verdad arrepentido de haber acudido a la cita con sus amigos, porque haciendo circo, maroma y teatro solo había logrado acercarse un poco a Rosa y con lo sucedido la noche del sábado retrocedió tanto, que en un solo movimiento estaba mucho más lejos que en el punto de partida. Aunque se sentía mal y arrepentido, decidió esperarla a la hora de salida para poder hablar con ella, pero al verla salir solo pudo decir con suave voz:

—Hasta mañana Rosa...

—Hasta mañana.

Respondió ella con fría voz y sin voltear a verlo abordó el automóvil rojo. Presintiendo que ya todo estaba perdido y que no habría otra oportunidad, no pudo moverse y solo se quedó ahí para verla partir mientras pensaba:

—“No me regaló su sonrisa ni su mirada y su despedida fue tan fría que congeló mi corazón... ahora comprendo que su anterior actitud reflejaba timidez... ¡Qué estúpido he sido! Yo sí le gustaba y mucho, pero ya no. La regué... y ahora no sé qué puedo hacer. No sé cómo lograr que me dé otra oportunidad”.

El coche rojo arrancó lento y de pronto Rosa se asomó por la ventana, él le sostuvo la mirada como esperando que algo maravilloso sucediera y ella sacudió su mano en señal de despedida, mientras le dedicaba una sonrisa tan bella y cálida, que se sintió perdonado. En ese momento él deseó fervientemente poder besar esa mano con amorosa delicadeza.

Al día siguiente Adrián llegó decidido a invitarla a salir y lo que más fuerza y valor le daba para hacerlo era esa cálida despedida de la tarde anterior, pero la Sra. Cisneros lo mantuvo ocupado todo el día, pues lo puso en varias Secciones para que recibiera instrucciones y por eso no pudo acercarse a la oficina de Rosa.

Finalmente, unos minutos antes de la hora de salida caminó hacia la oficina y cuando se paró en el umbral de la puerta ella levantó los ojos y le obsequió una mirada que lo cautivó tanto, que solo pudo decir:

—Hola... —Y sorprendida ella también solo pudo decir:

—Hola...

—¿Estás muy ocupada?

—No... solo un poco.

—Rosa... ¿Aceptarías salir conmigo el viernes? —Con las mejillas encendidas ella lo miró fijamente y luego respondió:

—Sí Adrián... —Con radiante expresión él añadió:

—¡Fantástico! Entonces el viernes te esperaré a la salida. ¿De acuerdo?

—De acuerdo Adrián.

Feliz y sin poder creer en su buena suerte, Adrián se retiró y todo el resto de la semana se la pasó trabajando con afán para sentir que los días pasaban pronto. Entre miradas y sonrisas pasó la semana y llegó el viernes. Luciendo impecable y muy atractivo la esperó a la salida y cuando Rosa subió a su camioneta, él se sintió orgulloso porque iba acompañado de la chica más hermosa que había conocido.

Poco después llegaron a una cafetería muy bonita que estaba rodeada por un colorido y bien cuidado jardín. Adrián se sintió satisfecho, porque era evidente que a ella le había gustado, ya que veía con admiración el jardín. De pronto Rosa volteó a verlo y le dijo:

—No conocía esta cafetería, me gusta mucho Adrián, gracias por traerme aquí.

—Me alegra que te guste porque pensé que parecía hecha para ti. —Rosa sonrió.

—¿Para mí? ¿Por qué lo dices?

—Porque está bonita, porque tiene música suave, adecuada iluminación y además está rodeada de belleza... como tú. —Un tanto asombrada ella respondió:

—Gracias... ¿Eso piensas?

—Sí Rosa, tú solo inspiras bellos pensamientos. —Sus suaves mejillas se encendieron y nerviosa cambió la plática:

—En la empresa todos comentan, que desde que llegaste has puesto gran empeño por aprender lo más que puedas, te felicito porque eso es digno de respeto. —Adrián había tardado tanto en invitarla, que no estaba dispuesto a desaprovechar el tiempo.

—En mi primer día en la empresa te vi cuando llegaste, ese día te seguí con la mirada hasta que llegaste a tu oficina.

—¿Por qué?

—Porque era imposible no hacerlo, siempre te ves tan hermosa, que busco cualquier pretexto para mirarte y para acercarme a ti.

Las mejillas de rosa se encendieron un poco más y tratando de disimular su nerviosismo le preguntó lo primero que vino a su mente:

—Adrián... ¿Te gusta leer? —Como ese sonrojo le decía más que las palabras, con sinceridad él respondió:

—Siempre busqué otro tipo de distracciones, pero dime cuáles libros te gustan más y te prometo que los leeré para que podamos comentarlos. ¿Te parece?

—Me encanta la idea.

Rosa empezó a hablarle a grandes rasgos, pero de forma muy amena sobre uno de sus libros favoritos y mientras ella platicaba Adrián la observaba arrobado, pues una vez más le pareció que sobre ella caía la luminosa luz de un reflector.

Desde luego que Adrián sentía enormes deseos de besar esa seductora boca, pero se controlaba porque estaba decidido a brindarle el trato especial que ella merecía. A cada instante se convencía más, que Rosa era una chica muy diferente a cuantas había conocido en sus franchelas.

Más que tratar de hacerse el gracioso, lo que intentó fue parecer inteligente y culto, por lo que le platicó sobre un interesante documental que había visto sobre el escritor del libro que ella mencionaba. De pronto algo en su interior le hizo notar que estaba disfrutando la plática, pues estaban comentando sobre las características de los personajes y las complicadas situaciones que los rodeaban y le pareció tan interesante, que se prometió que leería más.

Después de un poco más de dos horas, a petición de Rosa él la llevó a su casa y se sintió feliz porque al fin se enteró de donde vivía. Al llegar se apresuró para abrir la puerta de la camioneta y cuando ella bajó, con suave sonrisa le agradeció:

—Adrián... gracias por esta linda tarde.

—Gracias a ti Rosa, por aceptar mi invitación.

Cuando ella entró a su casa, Adrián se sentía diferente y tan contento, que podía sentir como emergía de su ser una suave energía. Había sentido un enorme deseo de besarla, pero se contuvo, lo hizo porque por primera vez en su vida quería hacer bien las cosas.

Al regresar al volante recibió una llamada de sus amigos, que ya lo esperaban en el bar de siempre. Adrián se sentía tan contento y completo que no puso objeción y en cuanto llegó los saludó con tan alegre expresión, que todos pensaron que ya se le había pasado lo de la chica que lo traía encandilado. Como sabía que no entenderían lo que estaba viviendo, él prefirió no decir ni comentar nada al respecto.

Entre los amigos estaba Ricardo y su novia Cinthia, que reían con ganas por los graciosos comentarios que Adrián hacía sobre las parrandas que habían corrido. Varias chicas se unieron al alegre grupo y poco después, inesperadamente una de ellas se acercó a Adrián, lo abrazó por el cuello y lo besó en la boca, mientras otra de las chicas tomaba fotos con su celular.

Tratando de no ser brusco Adrián la tomó por los brazos y la alejó, y aunque ella insistía en volver a besarlo, él no lo permitió y salió del bar. Cuando casi llegaba a su camioneta lo alcanzó su amigo Eduardo:

—Oye... ¿Qué te pasa? ¿Por qué fuiste tan grosero con Marce?

—Luego nos vemos, me tengo que ir. —Enojado Eduardo agregó:

—Neta wey, esa chava te está afectando, ya te hace actuar como princesita asustada... ¿Dónde está mi amigo Adrián? —Él lo miró fijamente y luego respondió:

—Es curioso Eduardo, es lo mismo que en estas semanas yo me he preguntado sobre ti.

Eduardo se quedó en silencio, en el fondo sabía bien que no se habían portado a la altura con Adrián, ya que era una costumbre entre ellos el acompañar y consolar al amigo que suspiraba y sufría por amor.

Adrián arrancó la camioneta y antes de salir del estacionamiento, le llegó una notificación al teléfono con varias fotos donde él estaba platicando y bromeando. En todas aparecía Marce que lo miraba embobada y al final aparecían dos fotos del apasionado beso.

Al ver las fotos, enfurecido profirió dos que tres palabrotas de su florido léxico y después le llegó la angustia al pensar que Rosa llegara a ver esas fotos y lo juzgara injustamente, porque esta vez él podía jurar ante un tribunal, que no había hecho nada para provocar esa situación.

Al llegar a su casa y tumbarse en el sofá de su recámara, por la preocupación y la angustia que experimentaba se prometió que al día siguiente arreglaría todo aquél desastre. No entendía por qué ahora que quería portarse bien, mientras más se esforzaba por estar a la altura de su hermosa Rosa, más tropiezos encontraba.

Por la tarde del día siguiente Adrián fue a la florería y al ver que como indeciso él solo observaba varios arreglos, la amable dueña se acercó a él:

—¿Flores para su novia?

—Ojalá lo fuera, pero no es así.

—¿Se puede saber por qué no lo es?

—Porque ella es una hermosa dama y yo soy medio barbaján... intento todo para estar a su altura, pero todo me falla.

—Y aun así la hermosa dama lo inspira para ser mejor cada día. ¿No es así? —Él la miró con asombro:.

—Sí Señora... ¿Cómo lo sabe?

—Porque eso suele suceder cuando se encuentra a la joven indicada.

Al escuchar su respuesta y sin saber por qué, Adrián empezó a platicarle desde el día en que la conoció y ella lo escuchó con atención. Después de conversar por un buen rato, la amable dueña le preparó un primoroso ramo de rosas y al depositarlo en sus manos le dijo:

—Pase lo que pase no se desanime, algo me dice que logrará llegar a su corazón, ya lo verá.

Adrián agradeció su paciencia y cuando salió de la florería se dio cuenta de que la noche ya había caído, entonces manejó hacia la casa de Rosa. Se estacionó un poco retirado y con mucho cuidado para que no descubrieran su presencia, en la reja de la casa que tanto deseaba visitar dejó el ramo, para que el domingo en la mañana Rosa lo encontrara.

Después de dejar las flores regresó a su camioneta y mientras manejaba de regreso a su casa pensó:

—“He hecho muchas cosas locas, siempre en la fiesta, el alcohol y las chavas, pero ya no quiero ser así, ahora solo quiero hacer las cosas bien, no quiero echarlo a perder con Rosa, con ella no... estoy muy enamorado y a decir verdad, es la primera vez que me siento así y me gusta tanto, que quisiera sentirme así toda la vida. Algo me dice, que solo ella puede hacerme sentir todas estas emociones, por eso debo ser muy cuidadoso si quiero estar siempre junto a ella”.

El lunes Adrián llegó muy temprano, quería estar pendiente de la llegada de Rosa y en cuanto la vio buscó su mirada, pues quería adivinar en la expresión de su bello rostro si había visto algo que no debía. Para su sorpresa y mayor tranquilidad, ella lo saludó con encantadora y radiante sonrisa.

Durante el transcurso del día y sonriendo, varias veces cruzaron una prometedora mirada, pero a la hora de la salida algo cambió, pues ese día pasó a recogerla un rubio y atractivo joven de grandes y expresivos ojos verdes, que lucía como de unos 25 años. Por primera vez Adrián se sintió celoso y mientras mil pensamientos revoloteaban en su mente los siguió en su camioneta, pero pronto los perdió entre el excesivo tráfico.

Al día siguiente y sintiéndose muy molesto, Adrián llegó temprano para verla entrar porque quería ver su reacción, pero solo logró quedar confundido, pues Rosa lo saludó con su encantadora sonrisa y durante el resto del día le regaló algunas de esas miradas que lo cautivaban. Toda la semana la recogió ese joven y Adrián estaba que no aguantaba la incertidumbre y la desazón.

A la hora de salida del viernes, en cuanto vio que nuevamente ese joven había llegado por Rosa, Adrián abordó su camioneta y se fue directo a su casa. Cuando la noche cayó, terminó por apagar su celular porque sus amigos no dejaban de marcar. Estaba tan enojado con ellos por el aprieto en el que lo habían metido, que ni se tomó la molestia de contestarles.

En cuanto salió de trabajar el sábado, Adrián fue a caminar a una plaza comercial y al salir de una tienda de ropa para caballeros grande fue su sorpresa al descubrir, que Rosa estaba dentro de una tienda que se especializaba en la venta de música. Con los audífonos puestos, ella escuchaba una melodía que seguramente estaba disfrutando mucho.

Sin detenerse a pensar si estaba acompañada o no, él entró para saludarla y en cuanto ella lo vio a su lado se quitó los audífonos y lo saludó como si le diera mucho gusto verlo. De inmediato Adrián le preguntó:

—Estabas muy concentrada... ¿Qué escuchas?

—El más reciente disco de un cuarteto que canta ópera pop, me encanta, tengo todos sus discos.

Le respondió con encantadora sonrisa mientras le mostraba la funda del disco y al ver que eran cuatro jóvenes muy atractivos que vestían de manera elegante y formal, no pudo menos que

detestarlos, pues imaginó que a ella le gustaban más allá de sus talentos musicales.

Sí los conocía, pues en dos o tres ocasiones había visto el video de algunos de sus conciertos, pero al recordar que su público en su mayoría eran mujeres que gritaban y aplaudían emocionadas, ya no le gustó y sintió un escozor en el pecho sólo de imaginar que ella pudiera estar enamorada de esos antipáticos tipejos. Sin comentar nada de esa música le dijo:

—Rosa... ¿Aceptarías ir a comer conmigo?

Sonriendo Rosa asintió y al salir de la tienda fueron a uno de los restaurantes de la plaza comercial. Durante la comida ella le pidió que le platicara de su vida como estudiante y Adrián la hizo reír con sus simpáticas anécdotas, de las que por supuesto omitió la parte de las locuras que hizo en compañía de sus amigos.

Al terminar de comer, Adrián la llevó a su casa y para su sorpresa ella lo invitó a pasar y le presentó a su mamá y a su hermana, que era la chica que siempre manejaba el coche rojo. En amena plática familiar pasó el resto de la tarde y durante la charla se enteró, que el joven rubio que iba por Rosa al trabajo era un querido primo que estudiaba en Estados Unidos y que había pasado algunos días con ellas.

Después de agradecer las atenciones, Adrián se despidió y ya en camino hacia su casa iba pensando:

—“Forman una familia tan cariñosa y cálida, que cada vez que vea un bonito detalle familiar, ella siempre vendrá a mi mente. Rosa se ha clavado en lo más hondo de mi alma y aunque el amor que siento por ella duele, también me hace sentir vivo y parte de algo maravilloso. Poco a poco esa hermosa rubia se ha ido adueñando de mi corazón, de mi alma y hasta de mi mente, porque en todos mis pensamientos está ella, solo ella”.

A partir del lunes, Adrián y Rosa no solo se miraban y sonreían, también buscaban la oportunidad para platicar unos minutos. Desde ese día y sin disimular lo feliz que se sentía, Adrián la esperaba a la hora de salida para llevarla a su casa y como si no quisiera separarse de él, Rosa lo invitaba a pasar para seguir platicando.

Al verla llegar el viernes, Adrián notó un destello de tristeza en sus hermosos ojos, pero fue hasta una hora después de empezar a trabajar que entendió el motivo de esa tristeza. Rosa sabía algo que él había olvidado, que ese era su último día en la empresa, ese día se cumplían los tres meses que su padre le impuso como castigo.

Durante el transcurso de la mañana, Adrián fue a la oficina del Sr. Moncada y le agradeció sinceramente por todo lo que le habían enseñado sobre el funcionamiento de la fábrica. El amigo de su papá le dio un fuerte abrazo y lo felicitó porque recibió excelentes informes sobre el desempeño de su trabajo. Antes de que saliera de la oficina, con un amistoso guiño el Sr. Moncada le sugirió que siguiera por ese camino y Adrián asintió sonriendo porque sabía a qué se refería.

Por la tarde fue a la oficina de la Sra. Cisneros, de Leonel y de Alberto, para agradecer sus enseñanzas y el apoyo que le brindaron. Al final del día se despidió de sus compañeros de trabajo y ya libre de compromisos dirigió sus pasos hacia la oficina de Rosa para llevarla a su casa. Cuando iban en camino, de pronto Rosa le dijo:

—Adrián... me da mucho gusto que regreses a la Universidad, pero te confieso que me siento triste porque ya no regresarás a trabajar con nosotros. —Él se estacionó en el primer lugar que encontró y mirándola a los ojos le dijo:

—Fue mi último día de trabajo, pero todos los días iré por ti para llevarte a tu casa, bueno... si tú me lo permites. —El bello rostro de Rosa se iluminó:

—¿Lo harías?

—Sí tú lo quieres, te prometo que no faltaré ni un solo día.

—Sí quiero Adrián.

—Entonces, ahí estaré esperando por ti.

Y efectivamente, todos los días Adrián iba por ella y la llevaba a su casa. Pasaba más tiempo ahí que en su propia casa o con sus amigos, de quienes ya ni se acordaba. Los sábados llegaba por ella a la salida de su trabajo para llevarla a comer, al teatro o al cine y luego iban a la cafetería para comentar sobre lo que habían visto. La tarde del domingo salían a caminar por los jardines y avenidas y en tres o cuatro ocasiones Rosa accedió a tocar para él algunas bellas melodías en el piano.

Rosa le regalaba libros y durante su tiempo libre Adrián los leía, pero no solo por impresionarla, sino porque ya le había tomado gusto a la lectura y a comentar sus impresiones.

Ya habían pasado dos meses de verla a diario y cada vez le resultaba más difícil el controlarse para no besarla. La amaba y la respetaba tanto, que no quería equivocarse con ella, con ella no. Por el temor de llegar a cometer un error y no poder controlar su deseo de besarla, se decidió a hablarle de lo que sentía, así que el siguiente viernes pasó por ella a su trabajo, se estacionó antes de llegar a su casa y con seriedad le dijo:

—Ya no puedo más, necesito decirte que desde el primer día me enamoré de ti, que desde ese día te adueñaste de mi corazón y de mi pensamiento. Rosa... si tú sientes algo por mí... ¿Aceptarías ser mi novia?

Al escuchar lo que decía, Rosa borró su sonrisa y por unos instantes se quedó mirándolo como si no creyera lo que había escuchado, entonces Adrián pensó que ella lo rechazaría o que le pediría un par de siglos para contestar su pregunta, pero de pronto Rosa le dijo:

—Adrián... pensé que nunca me lo pedirías. —Sorprendido preguntó:

—Entonces... ¿Me aceptas?

—Sí Adrián, acepto ser tu novia. —Emocionado la abrazó.

—No sabes cuánto deseaba poder abrazarte, te amo Rosa, te amo tanto, que no podrías ni siquiera imaginarlo.

—Y yo a ti Adrián. —Adrián se separó un poco y mirándola a los ojos preguntó:

—¿Es cierto? ¿Me amas Rosa? —Sonriendo ella asintió y feliz la abrazó un poco más fuerte —. Rosa... mi hermosa novia.

Y por primera vez Adrián se atrevió a besar esos labios, que al instante correspondieron con amor. Cuando el anhelado beso terminó y casi temblando por la emoción, él volvió a abrazarla para decirle:

—Gracias Rosa... gracias por hacerme tan feliz.

El sábado Adrián llegó por Rosa a su trabajo y antes de ir a comer la llevó a conocer su Universidad, el lugar donde ahora sí estudiaba. Al recorrer un amplio pasillo que exhibía hermosas pinturas, Rosa se detuvo para admirar los impresionantes cuadros y mientras ella estaba muy atenta observando, unas chicas con las que él había salido en varias ocasiones a las fiestas, en voz baja le reclamaron su falta de delicadeza, porque sabiendo lo que sentían por él la había llevado y se comportaba como “noviecito oficial”.

Aunque su intención no era ser grosero, prácticamente Adrián las ignoró y se acercó a Rosa para tomarla de la mano. Se sentía tan feliz y orgulloso, que quería que todos vieran a su hermosa novia, pues seguro de sus convicciones no estaba dispuesto a escuchar a nadie más que a su corazón.

Esa noche, después de las once llegó su hermana Viviana y al ver luz en su recámara un tanto sorprendida entró y se sentó en el sillón que estaba frente al sofá donde Adrián estaba recostado oyendo música:

—¡Vaya! Creí que te habías ido de fiesta, me encontré a tus amigos y me dijeron que habían estado llamándote. ¿Por qué no fuiste con ellos?

—Porque no quiero andar de parranda.

—Pues sí que esta chica te trae bien controladito.

—No es ella, soy yo el que ya no quiere meterse en líos, quiero portarme bien para estar a su altura, para ser el hombre que ella se merece. Rosa es una chica tan hermosa como inteligente y culta, a la que no tengo que estarla haciendo reír porque siempre está de buen humor y tampoco tengo que llevarla a los lugares de moda para impresionarla... ella es una chica muy linda y romántica que toca maravillosamente el piano, una chica a la que le gusta ir a la cafetería para platicar y a la que le encanta caminar por los jardines y las avenidas mientras nos comemos un helado de yogurt... y yo he descubierto que eso me gusta, que a su lado me siento completo. —Su hermana lo veía como si fuera un extraterrestre.

—Wow... pues sí que es un bonito romance.

—Me encanta llevarla a ver películas de terror porque en las escenas fuertes grita asustada y me sujeta el brazo con tal fuerza que parezco su tabla de salvación, y desde luego eso me hace sentir que soy su héroe protector. —Su hermana sonrió por su comentario—. Mis amigos me siguen invitando, no quieren entender que en verdad estoy muy enamorado de Rosa, que no quiero perderla y mucho menos por una estúpida francachela. Tal vez ella nunca sepa cuánto la amo y lo que significa para mí, pero no me importa, yo solo quiero amarla y estar a su lado.

—Bueno... pues gracias a lo que te inspira todo parece indicar que ya le dices adiós al chico inmaduro. Papá está encantado con tu comportamiento y sobre todo, porque ahora sí estás estudiando.

Poco después Viviana se retiró a su habitación y Adrián se preparó para acostarse a dormir porque temprano quería ir a la florería, pues Rosa lo había invitado a comer en su casa.

El lunes por la mañana y mientras Adrián estaba haciendo tiempo para ir a la Universidad, su amigo Eduardo llegó con sus ya habituales reproches:

—¿Se puede saber por qué ya ni te tomas la molestia de contestar nuestras llamadas?

—No empieces Eduardo, ya conoces la respuesta.

—Sí, que tienes compromiso con tu chava.

—No es mi chava, es mi novia Eduardo.

—Adrián... ¿Si entiendes que somos amigos y que no debemos separarnos?

—Sí claro... —Respondió con indiferencia.

—Bueno... no vine a discutir Adrián, lo que sucede es que como no contestas el celular, Ricardo me pidió que te viniera a informar de algo que pasó. —Al escuchar que era un asunto de Ricardo, preguntó:

—¿Qué pasó?

—El viernes Cinthia llegó al bar con Margarita, la Cajera de la empresa en la que trabajabas y todo parecía estar bien, pero no sé por qué, Cinthia le platicó a Ricardo que tus ex jefes Leonel y Alberto son novios y Margarita escuchó. Pues bien, parece ser que el sábado esta chica regó la pólvora en la oficina y cuando le preguntaron por quién se había enterado, ella dijo que por Rosa.

—¿¿Qué?? ¿Cómo carajos la metieron en ese lío? ¡Ellos son sus amigos!

—No lo sé Adrián. ¿Puedes arreglar la bronca?

—Espero que sí, pero será hasta la hora de salida porque si voy antes se va a hacer más grande el chisme.

—Ok, pero cuando lo arregles háblale a Ricardo, porque está que se corta las venas por la bronca que sin querer te ocasionaron.

Adrián llamó varias veces al celular de su novia para informarle sobre lo que había sucedido, pero ella no contestó porque estaba en el almacén verificando un inventario.

Ese día a Rosa le extrañó, que varias veces pasaran por el almacén Leonel y Alberto y que no se ofrecieran para ayudarla como siempre lo hacían, pero no le dio importancia. Ignoraba que estaban tan indignados, que habían decidido dejar de hablarle. Antes de la hora de salida y cuando Rosa ya terminaba la revisión, Alberto no pudo contener su resentimiento y la enfrentó:

—Ay Rosita... Leonel y yo estamos muy sentidos contigo...

—¿Connmigo? ¿Por qué Alberto? —Preguntó con sincera sonrisa.

—Porque le dijiste a todos en la oficina lo de nuestra relación amorosa. —Rosa lo miró seria y fijamente.

—¿Eso crees Alberto?

—Pues no... pero eso es lo que nos informaron...

—Bien... —Rosa dio media vuelta y cuando empezó a caminar, atónito Alberto preguntó:

—¿Te vas? ¿Así nomás? ¿Sin ninguna explicación?

—Sí... no sé a quién le permitiste que te implantara esa idea en la cabeza y francamente no me importa porque me siento muy desilusionada de ti y de Leonel. Me doy cuenta que dieron más crédito a esa lengua que los envenenó, que a la sincera amistad que les brindé.

Sin decir más Rosa se alejó y al entrar en su oficina guardó sus papeles, entró al tocador para arreglarse un poco y luego salió de la fábrica. Adrián ya la estaba esperando y con evidente preocupación le preguntó:

—Por mi culpa hoy tuviste un serio disgusto. ¿Verdad? —Sorprendida Rosa lo miró sin entender:

—¿Por tu culpa? ¿Por qué lo dices?

Adrián le platicó sobre lo que Eduardo había ido a informarle y sonriendo ella tomó su mano al decir:

—Tú no tienes culpa alguna ni yo tampoco.

—Creo que yo sí soy culpable... necesito decirte algo sobre Margarita... pero por favor, no

vayas a enojarte... —Sin dejar de sonreír ella lo interrumpió:

—¿Qué? ¿Qué ella siempre te invitaba a salir? —Asombrado preguntó:

—¿Lo sabías? —Rosa asintió—. Te aseguro que nunca salí con ella.

—Lo sé Adrián, ella misma me lo dijo cuando vio que todos los días venías por mí, así que no pienses que lo hizo en venganza por tu rechazo. Creo que solo es una chica que hizo algo imprudente y que se asustó cuando vio que estaba provocando una situación incómoda para Leonel y Alberto.

—¿Y todavía la disculpas? ¡Te culpó a ti!

—No te preocupes, esto va a resultar en favor de Leonel y Alberto, ya no tendrán que ocultar el amor que los une. Lo único lamentable es que nuestra amistad terminó.

—¿Por qué Rosa? No entiendo por qué debe terminar su amistad.

—Porque cuando se pierde la confianza... es casi imposible recuperarla.

—Sé que los estimas mucho, pero te veo muy tranquila.

—Lo estoy, no fui yo quién defraudó su confianza.

Adrián la miró con admiración, era tan joven como él y sin embargo ella era realista y madura. Al observarla descubrió que a pesar de verse tan serena, había un destello de tristeza en sus hermosos ojos, entonces entendió que perder la amistad de Leonel y Alberto le dolía más de lo que quería admitir, así que la abrazó y luego la llevó a su casa.

Al llegar a la casa bajaron de la camioneta y los dos se quedaron viendo el cielo que esa noche lucía especialmente despejado, entonces Adrián abrió la puerta del maletero, extendió una manta y se sentaron para admirar la luminosa luna y las estrellas. Luego de unos pocos minutos Adrián se acercó para besarla, pero ella se cubrió la boca con los dedos de su mano derecha. — Sorprendido él preguntó:

—¿No te gusta que te bese?

—Al contrario, me encanta.

—¿Y entonces...? ¿Por qué no me dejas besarte?

—Porque primero quiero que me platicues por qué tu papá te mandó a trabajar como castigo. —Adrián sintió un vuelco en el corazón.

—¿Cómo sabes que fue un castigo? ¿Quién te lo dijo?

—Eso no importa. —Él la miró con seria expresión—. No me mires así, solo pregunté porque te amo y quiero saber todo de ti, pero si te incomoda, olvídale. Para mí lo verdaderamente importante es que estás aquí, junto a mí. —Le dijo con sincera sonrisa y él la abrazó.

—No me incomoda Rosa... me apena porque sé que vas a decepcionarte. La verdad es que antes de conocerte yo era un verdadero desastre, no estudiaba, faltaba a la Universidad cada vez que quería y solo pensaba en parrandear con los amigos... y las chicas. Me embriagaba todos los fines de semana que algunas veces para mí empezaban desde el jueves. Después de chocar tres veces el auto, finalmente mi padre se cansó de darme mil oportunidades para corregir mi conducta y fue entonces que como castigo llegué a la fábrica. —Sin moverse de sus brazos, Rosa le dijo:.

—Y el trabajo cambió tu forma de ver la vida. —Él la separó un poco y mirándola a los ojos respondió:.

—No Rosa... fuiste tú. —Asombrada preguntó:

—¿Yo Adrián?

—Sí, te confieso que solo pensaba trabajar una o dos semanas, el tiempo necesario para volver a convencer a mi padre de que me levantara el castigo, pero esa mañana llegaste y sin darte cuenta al pasar cerca de mí te llevaste mi corazón y hasta mi mente. A partir de ese momento quise cambiar y convertirme en un hombre digno de ti...

—Adrián...

—Sí Rosa, desde la primera vez que te vi, todo lo demás dejó de tener importancia para mí. Ahora mis padres, mi hermana, mis amigos y hasta los Maestros de la Universidad me dicen que ya no soy el mismo, que he cambiado mucho... y lo único que yo sé, es que quiero estar siempre a tu lado para amarte y complacerte. No quiero perderte Rosa, dame la oportunidad de demostrarte que mi amor no es el capricho pasajero de un chico atolondrado, que mi amor es verdadero y para siempre. —Rosa lo veía con brillo de estrellas en los ojos.

—Pero Adrián, ya te di la oportunidad, soy tu novia... ¿Ya lo olvidaste?

—Entonces... ¿No estás desilusionada?

Y como respuesta Rosa se acercó, lo abrazó por el cuello y lo besó con todo el amor de su corazón, de ese corazón que también ella le entregó el primer día que lo vio. Después de ese beso, Adrián le dijo con suave voz:

—¿Sabes? Creo que fue el destino el que me llevó al mágico mundo en el que vives y créeme que no tengo duda, porque cuando voy a cualquier lugar encuentro los semáforos en rojo y un tráfico desesperante, pero cuando vengo a verte, los semáforos están en verde y el tráfico fluye. Estoy convencido de que mi destino es llegar siempre a tus brazos.

—Y mi destino es recibirte con los brazos abiertos

—Escúchame bien, yo ya no tengo ojos para nadie más porque tú eres la única dueña de mi corazón y de mi vida entera... porque solo tú eres la mujer con la que quiero quedarme para siempre.

—Te amo Adrián.

Muy enamorados se besaron y aunque no querían separarse, después se despidieron porque Adrián debía terminar algunos trabajos de la Universidad. Le había prometido a Rosa que no volvería a descuidar sus estudios.

Durante los siguientes días no se vieron porque Rosa no quería que descuidara sus deberes y que en la medida de lo posible recuperara el tiempo perdido. Cuando llegó el viernes, desde temprano Adrián empezó a llamarla para saber a qué hora debía pasar por ella y a dónde quería ir a cenar, pero ella no respondía a sus llamadas, aunque era evidente que estaba en línea. Entonces él le llamó a Cindy:

—Qué agradable sorpresa Adrián, creí que por lo de Margarita estarías enojado conmigo.

—No Cindy, no estoy enojado contigo y la verdad no debes agradecer mi llamada porque necesito que me hagas un favor.

—Lo que quieras... ¿Qué necesitas?

—Rosa no contesta su celular y necesito hablar con ella.

—¿Ya la llamaste por el teléfono de la empresa?

—Por ese teléfono no quiero llamarla para evitar los largos saludos de las chicas del administrativo. ¿Podrías pedirle que me conteste?

—Claro que sí Adrián, en este momento voy a verla.

—Gracias Cindy, luego platicamos.

—Sí Adrián, cuando quieras.

De inmediato Cindy fue a la oficina de Rosa y no tardó en enterarse del motivo por el cual ella no respondía las llamadas. Durante la tarde del día anterior había recibido desde el celular de Adrián, varios mensajes de sus amigas de la Universidad, toscos mensajes en los que le pedían que lo dejara en paz y se alejara de él. Entendiendo lo mal que debía sentirse Rosa, Cindy le dijo:

—No tengo ni la menor idea de cómo estas brujas pudieron apoderarse del celular de Adrián, pero de una cosa sí estoy bien segura Rosa, él está muy enamorado de ti y no se acerca a ninguna otra chica ni por casualidad.

Después de pedirle que no tomara en cuenta los estúpidos mensajes que solo reflejaban la inmadurez e inseguridad de esas chicas ordinarias, Cindy regresó a su oficina y de inmediato le marcó a Adrián para informarle lo que había sucedido. Enfurecido Adrián exclamó:

—¡Hijas de... su mal dormir! Perdón Cindy, no quise faltarte al respeto.

—No te aflijas, lo entiendo, pero dime... ¿Por qué con tu celular?

—Ayer Judith me pidió el teléfono para hacer una llamada urgente porque había olvidado el suyo y no desconfié, pero dime... ¿Cómo está Rosa? ¿Cómo la viste?

—Ya sabes que no pierde el control, pero ya se fue a su casa y me avisó que mañana se tomará el día, así que imagínate.

—Nada más arreglo este asunto y salgo tendido a buscarla, deséame suerte.

—Buena suerte Adrián y no dudes en llamarme si me necesitas.

—Gracias Cindy, eres una buena amiga.

Adrián estaba acompañado de Ricardo y Luis y en cuanto terminó de hablar ellos quisieron saber y como estaba tan enojado les platicó. Entonces Ricardo le pidió que dejara el asunto en sus manos y que fuera a buscar a Rosa para arreglar el problema.

Sin dudar un segundo Adrián caminó hacia su camioneta y se dirigió a la casa de su novia. Por su parte, Ricardo y Luis fueron a buscar a las tres inseparables amigas que provocaron el problema y les dieron tan soberana regañada, que ya querían llamar a la novia de Adrián para disculparse, pero Ricardo se los prohibió terminantemente.

Al llegar y tocar a la puerta de la casa de Rosa le abrió la Sra. Rojo y haciendo una seña para que guardara silencio lo pasó a la sala. Cuando tomaron asiento ella le preguntó qué era lo que había sucedido, porque su hija había llegado muy temprano y le pidió que si él llegaba a buscarla le dijeran que no estaba.

Aunque apenado, Adrián no quiso ocultarle nada y le platicó todo lo que había sucedido. La mamá de Rosa lo escuchó con atención y contrario a lo que él imaginó, la amable Sra. Rojo se mostró comprensiva y le pidió:

—Entiendo que debes sentirte desesperado por hablar con Rosa, pero te pido que seas paciente y esperes a que ella pueda hacer a un lado su enojo y acceda a hablar contigo.

—Pero Sra. Rojo... ¿Y si ya no quiere verme ni hablarme?

—Tranquilo, no te angusties tanto Adrián, Rosa es una joven inteligente, centrada y terminará por comprender que no tuviste culpa alguna. Dale tiempo para que pueda pensar y serenarse. ¿De acuerdo? —Con sinceridad Adrián le respondió:

—Es admirable Sra. Rojo, en lugar de reprocharme usted me brinda una esperanza.

Adrián se despidió después de platicar unos minutos más con la Sra. Rojo. Durante el día estuvo llamando y enviándole numerosos mensajes a Rosa y al no obtener respuesta regresó a buscarla al anochecer, pero ella no aceptó verlo. El sábado volvió a intentarlo por la mañana y por la tarde con igual resultado, no quería verlo.

Nuevamente regresó cerca de las ocho de la noche y la Sra. Rojo lo vio tan abatido que lo tomó de la mano y lo llevó a la habitación de su hija para que hablara con ella. Al verlo Rosa cerró el libro que estaba leyendo y mirándolo con seria expresión dijo:

—¿Qué haces aquí? —Adrián jaló el coqueto banquito del tocador y se sentó frente a ella:

—Rosa... el jueves en la tarde presté mi celular para una llamada urgente, no tenía ni la menor idea del mal uso que le dieron, me enteré hasta que hablé con Cinthia. Aunque todo parece indicar que sigo siendo el mismo irresponsable de siempre, te aseguro que me estoy esforzando por hacer las cosas bien para llegar a ser digno de ti, pero lamentablemente a cada paso me encuentro con las consecuencias de mi pasado. Yo soy el único culpable de que hayas vivido tan desagradable experiencia y por eso entiendo que no quieras verme, en verdad lo entiendo, pero no puedo resignarme, te amo Rosa, te amo tanto, que me aterra la idea de perderte. Te ruego que no te alejes de mí, que no me apartes de tu vida... —Al ver que una gruesa lágrima resbalaba por la mejilla de Adrián, conmovida Rosa le dijo:

—Adrián... no te considero culpable por lo que sucedió, tú jamás hubieras permitido... — Sorprendido la interrumpió:

—¿No me consideras culpable? Y entonces... ¿Por qué no querías verme? ¿Por qué te negaste a recibirme?

—Esos mensajes que me enviaron fueron escritos de tal manera, que despertaron en mí tanto enojo e impotencia, que me sentí fuera de control y no quise que me vieras así.

—¿No quisiste que te viera enojada? Rosa... sentía que me estallaba el corazón por la angustia y el dolor de llegar a perderte. —Adrián se acercó y la abrazó fuerte—. Por favor, no vuelvas a esconderte de mí, mil veces prefiero verte enojada que sufrir tu ausencia.

—Adrián... no fue mi intención hacerte sufrir. ¿Me perdonas?

—Ni lo digas, tú eres perfecta y yo te amo con toda mi alma, pero eso sí, debes prometerme que nunca te alejarás de mí. —Rosa lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Te prometo que nada ni nadie de este mundo me alejará de ti, bueno... una infidelidad sí, no podría perdonarla.

—Entonces no te perderé nunca.

Después de sellar su reconciliación con un prolongado y amoroso beso, tomados de la mano bajaron al comedor para unirse a la Sra. Rojo y a Dalia, la hermana de Rosa, que esperándolos hacían tiempo con un juego de mesa. Poco después llegó Jorge del Villar, el novio de Dalia y todos disfrutaron de la comida china que él llevó para cenar.

Como Adrián no quiso quedarse atrás, el domingo al medio día llevó una exquisita comida española que les encantó. Por la tarde y a petición de Adrián, Rosa se sentó al piano y tocó varias melodías que todos disfrutaron mientras tomaban su café. Al caer la noche, Rosa lo despedía en la puerta y Adrián no parecía querer irse, pues le robaba muchos besos.

—Me encantas Rosa, te amo... soy muy afortunado porque el destino me trajo a tus brazos para que me sintiera completo y muy feliz... aunque no sé si soy correspondido... —Lo dijo como pensativo y ella sonrió.

—Vanidoso... sabes bien que mi corazón te pertenece y que siempre estás en mi pensamiento.

—Sí lo sé, pero me gusta que lo digas.

—Te amo Adrián, te amo con toda la fuerza de mi corazón y para siempre.

—Tú y yo nacimos para amarnos por siempre... no lo olvides. Bien, ya debo irme, pero recuerda que esperaré con ansiedad el momento de volver a tenerte entre mis brazos para besarte.

—No lo olvidaré porque yo te esperaré con la misma ansiedad. Cuídate y nos vemos el próximo fin de semana...

—¿Qué? ¿Otra vez hasta el próximo viernes? ¿Por qué?

—Ya lo sabes amor, porque debes estudiar y recuperar el tiempo perdido, no quiero que te distraigas. —Adrián sonrió y al darle un suave beso le dijo:

—Lo haré, te lo prometo, pero solo tu hermana puede pasar por ti a tu trabajo, no quiero saber de amigos ni de primos. ¿De acuerdo?

—Sí mi amor, solo mi hermana, te lo prometo.

Adrián subió a su camioneta y sonriendo feliz regresó a su casa.

Como las semanas anteriores, con gran entusiasmo Adrián se entregó de lleno a estudiar y él mismo se sorprendía de todo lo que había aprendido. Sus Maestros lo felicitaban y al agradecer sonreía feliz porque sabía que lo había logrado gracias a su amada Rosa, pues sabiéndose amado por ella, eso lo inspiraba a ser mejor cada día.

Finalmente llegó el esperado viernes y con enormes deseos de abrazar y besar a su novia fue a recogerla a su trabajo. Cuando ella salió de la empresa, por unos instantes se quedó inmóvil y mudo, Rosa se veía más hermosa y radiante que nunca. Sonriendo feliz ella se acercó y Adrián la abrazó como si no la hubiera visto en años.

—Eres la mujer más bonita que existe... y yo te amo tanto, que todos los días y a cada instante te extraño y siento la imperiosa necesidad de abrazarte.

—Y yo espero con ansiedad el momento en que vengas por mí para sentir el calor de tus brazos. —Adrián se separó un poco y le preguntó:.

—¿Me amas Rosa?

—Con toda mi alma.

—No, dímelo completo, toda la semana ansío que lo digas. —Rosa lo miró a los ojos y dijo con suave voz:

—Te amo Adrián, te amo con toda mi alma y para siempre.

—¿Qué bonito se escucha con tu voz! —Le dijo abrazándola más fuerte—. Qué feliz me haces Rosa, no quiero separarme de ti nunca. En cuanto termine mi carrera no volveremos a separarnos ni un solo instante. ¿Qué me dices?

—Que eso es lo que más deseo Adrián. —Emocionado él exclamó:

—Yo también Rosa.

Enamorados, sonrientes y felices abordaron la camioneta para ir a la cafetería, deseaban besarse y seguir diciéndose cuánto se amaban. En cuanto le sirvieron un café a él y un té a ella, Adrián tomó una de sus manos y le dijo:

—¿Sabes? Ya tengo hartos a mis amigos de tanto que hablo de ti, ellos no pueden comprender que mi corazón está tan lleno de amor por ti, que necesito hablar de lo que me haces sentir, de lo afortunado que me siento al poder entrar al mágico mundo donde vives... me encantas Rosa, eres la realización del más maravilloso sueño que se pueda tener. —Con luz de estrellas en la mirada ella le pidió:

—Mi amado Adrián, nunca te alejes de mí.

—Aunque quisiera no podría, me tienes cautivo en tus hermosos ojos.

Enamorada Rosa le ofreció sus labios y Adrián la besó repetidamente con profundo amor. Después ella le confesó:

—Te amo tanto Adrián, que temo llegar a perderte, tengo miedo de que un día dejes de amarme. —Él la abrazó fuerte y le dijo al oído:.

—Eso no va a suceder nunca porque tú eres la única dueña de mi corazón y lo serás por siempre.

—¿Lo prometes?

—Con la mano en el corazón te prometo que solo a ti te amaré por siempre. ¿Y tú?

—Yo también te prometo que solo a ti te amaré hasta el último día de mi vida.

Entre amorosos besos y abrazos siguieron platicando hasta que cerca de las diez de la noche y contra su voluntad, Adrián tuvo que llevarla a su casa.

Cuando bajaron de la camioneta se tomaron de la mano y caminaron hacia la puerta para despedirse, entonces sonó el celular de Adrián y al ver que sin contestar él lo apagó, Rosa le preguntó:

—¿Por qué no contestaste?

—Porque estoy contigo y lo demás no me interesa.

—¿Y si es algo importante?

—No lo es, son aquellos que seguro quieren que vaya a tomar una cerveza con ellos.

—¿Y por qué no vas?

—Porque no quiero hacer nada que pueda molestarte. —Ella se detuvo y lo miró a los ojos.

—Adrián... a mí no me molesta que salgas con ellos, son tus amigos y comprendo que quieran pasar un rato contigo.

—¿En verdad no te molesta que me tome una cerveza con ellos?

—Claro que no, pero solo una... bueno... máximo dos. —Adrián la abrazó.

—Te prometo que solo será una. ¿Confías en mí?

—Completamente, ve tranquilo y pasa un buen rato con tus amigos.

—Lo haré, gracias por confiar en mí... eres la mujer más hermosa que existe, eres única y muy especial... no sé qué hice para merecerte.

—Adrián...

Volvieron a besarse con profundo amor y luego se despidieron. Él subió a su camioneta y antes de arrancar quiso decirle una vez más que la amaba y al no encontrar las palabras que expresaran cuánto la amaba y necesitaba, sólo atinó a dejar salir de su interior lo más genuino que encontró:

—Rosa... mañana paso por ti al mediodía y hasta entonces piensa en todo momento: “Adrián me quiere un chingo”.

A ella le sorprendió tanto lo que dijo, que soltó una espontánea carcajada y solo pudo decirle adiós con la mano.

Al llegar al bar, Adrián encaminó sus pasos hacia la mesa donde estaban sus amigos Luis, Eduardo, Ricardo y su novia Cindy, quiénes sorprendidos con alegre alboroto le dieron la bienvenida. Como no tenía deseos de tomar, Adrián solo ordenó agua mineral y Eduardo no tardó en reprocharle:

—¡No juegues! ¿Agua mineral? ¿Ya también te prohibieron que tomes? ¿A qué mundo pertenece tu novia?

—A uno tan especial, que tú ni en sueños llegarías a conocer y para que revientes de coraje te diré, que solo vine porque ella me dio permiso. —Discretamente Adrián le guiñó el ojo a Ricardo y a Cindy y ellos rieron, entonces Luis preguntó:

—¡Órale! ¿Y al darte el permiso sabía que aquí estaría el mafioso este?

—No, si hubiera sabido que estaba Eduardo seguro me deja amarrado a la camioneta.

Todos soltaron la carcajada y después siguieron bromeando de todo y de nada. Cuando dejaron de reír y empezaron a platicar de otras cosas, Eduardo le dijo:

—Adrián, hace rato me encontré a Marce, está muy apenada por lo que hizo la otra vez y me comentó que quiere disculparse contigo. —Cindy dijo con seriedad:

—Sí, seguro quiere disculparse con lágrimas de cocodrilo. —Y Eduardo respondió:

—Ya Cindy, yo sé que ella no te cae bien, pero en verdad la vi muy apenada.

Adrián no comentó nada al respecto y todos siguieron platicando. Poco después se acercó Marce acompañada de una atractiva chica de grandes ojos verdes. Marce llevaba en cada mano una cerveza y al llegar, mientras le ofrecía una a su amigo Adrián, le dijo apenada:

—Qué bueno que te veo, desde hace tiempo quería disculparme por la estupidez que hice. Ese día se me pasaron las copas y la verdad no sé cómo pude hacer semejante cosa. Por favor discúlpame Adrián. —Se veía tan arrepentida, que Adrián recibió la cerveza:

—Lo entiendo Marce, no pasó nada, no te preocupes.

—Gracias Adrián. ¿Entonces podemos decir salud? —Sonriendo Adrián respondió:

—Sí Marce, salud. —Los dos dieron un buen trago y luego ella dijo:

—Bueno, ahora quiero presentarles a mi amiga Alicia, es del Norte del país y viene a quedarse unos días porque va a tomar un curso.

De inmediato y muy caballerosos se presentaron Eduardo y Luis, Ricardo solo sonrió para evitarse problemas con Cindy. Por su parte y sin deseos de entablar conversación, Adrián continuó tomando la cerveza. Muy sencilla y simpática Alicia dijo:

—Marce me habló muy bien de sus buenos amigos y me da mucho gusto conocerlos. —Volteando hacia Adrián comentó: —Me dijo que a ti te gustan los videojuegos, a mí me encantan los de peleas... ¿Y a ti? —Sorprendido él respondió:

—También los de peleas.

Sin apenas darse cuenta, Adrián se enfrascó en amena charla con Alicia sobre personajes y sus famosos “Fatalities”. Aburridos con la plática, Eduardo y Luis fueron a la mesa donde estaban sus amigas para sacarlas a bailar y disimulando lo molesta que se sentía, Cindy le dijo a Ricardo que quería bailar y tomados de la mano caminaron hacia la pista. Mientras bailaban, a él se le ocurrió decirle:

—Creo que tu amiga Rosa ya encontró competencia, Alicia es muy agradable y simpática. —
Cindy volteó a verlo con cara de pocos amigos.

—¿Estás comparándola con Rosita?

—No precisamente, pero reconoce que es guapa, simpática y que desde luego se ve que es buena chica. —Un tanto disgustada Cindy exclamó.-

—Por favor Ricardo, esas dos tienen de buenas chicas lo que yo de astronauta. —Al escuchar su comentario, sonriendo él dijo:.

—Cindy, nunca pensé que tú reaccionarías como esas chicas celosas que cuando ven a una mujer atractiva de inmediato la critican.

Cindy lo miró de una manera tal, que parecía que iban a salir rayos laser de sus ojos y como se sintió tan enojada como ofendida, sin decir media palabra se separó de él y con rápidos pasos caminó hacia la salida. Con cara de: “¿Qué hice?”, Ricardo fue tras ella y la alcanzó poco antes de que saliera, entonces la abrazó fuerte y le dijo:

—No te vayas Cindy, a mí esa chica no me importa, los comentarios los hice pensando en Adrián. Si dije algo que te ofendiera, por favor perdóname. Yo te amo Cindy, por favor no te enojas conmigo. —Se veía tan afligido, que ella se calmó.

—No estoy enojada contigo, pero me siento muy molesta porque embobados con Alicia, Eduardo, Luis y tú no percibieron lo falso de la disculpa, esas dos se traen algo entre manos. — Preocupado preguntó:.

—¿Lo crees?

—Casi puedo asegurarlo, recuerda que cuando Marce lo besó, Adrián la rechazó frente a todos y ella no es el tipo de mujer que pueda perdonar tal humillación. —Con cara de asustados Eduardo y Luis se acercaron y el primero preguntó:

—¿Cindy! ¿Adrián y su novia están enojados?

—No... claro que no. ¿Qué no viste lo feliz que llegó? —Eduardo volvió a preguntar señalando hacia la pista:.

—Entonces... ¿Por qué está haciendo esos desfiguros?

Los cuatro se quedaron viendo hacia la pista como si no pudieran creer lo que estaba sucediendo. Adrián y Alicia se besaban y abrazaban con tan desmedida pasión, que furioso Ricardo exclamó:

—Tenías razón Cindy, esas infelices debieron poner algo en la cerveza para perturbar sus sentidos y atrofiar el cerebro. —Entonces Cindy ordenó:.

—¡Vayan por él antes de que haga una estupidez mayor!

Sin perder un instante los tres corrieron hacia la pista y prácticamente lo arrebataron de los brazos de Alicia. Casi a rastras lo sacaron del lugar y lo llevaron a la Clínica del hermano mayor de Luis, que era Médico.

Mientras Adrián era atendido, en la sala de espera estaban Cindy, Ricardo, Eduardo y Luis, los cuatro estaban muy serios y pensativos. Después de un buen rato salió el Médico y al ver lo preocupados que estaban les dijo:

—Tranquilos, su amigo ya está bien. —Luis le pidió:

—¿Nos permitirías entrar a verlo?

—No tiene caso, está dormido y no despertará hasta dentro de unas horas. Espero que esto les haya servido de lección sobre la clase de amigos que se encuentran en esos lugares. —Los tres asintieron, le agradecieron su ayuda y cuando el Médico se retiró, Ricardo les dijo:.

—Esto ha sido una dura lección, desde hoy mi vida cambia, me dedicaré de lleno a estudiar y a mi novia. —Cindy sonrió con satisfacción y Luis agregó:.

—Estoy de acuerdo contigo Ricardo, yo también me dedicaré a estudiar. La verdad, fue una suerte que saliéramos bien librados. —Con angustiada expresión Eduardo se levantó de la silla y le dijo:

—No todos Luis, creo que Adrián ya perdió a su novia.

Lo dijo mostrando su celular y atónitos vieron que en las redes ya circulaban las comprometedoras fotos y videos de Adrián y Alicia. Preocupada Cindy exclamó:

—¡Qué crueles! ¡Esto romperá el corazón de Rosita!

A la mañana siguiente Adrián despertó y al no recordar cómo había llegado a esa habitación, un tanto desconcertado vio sobre el buró un recado de Ricardo que decía:

—“En cuanto despiertes puedes irte a tu casa, te dejo las llaves de tu camioneta, la dejé en el estacionamiento de la Clínica. Como imagino que tendrás mil preguntas, llámame, estaré pendiente. Tu amigo Ricardo”.

Adrián guardó en el bolsillo de su camisa el recado, tomó las llaves y salió de la Clínica. En cuanto abordó la camioneta sacó su celular de la cajuelita y cuando lo iba a encender, de pronto llegaron a él los recuerdos de lo que había sucedido la noche anterior. Alarmado y sintiendo que el corazón le iba a estallar, con nerviosas manos lo encendió y no tardó en confirmar sus temores, habían subido a las redes fotos y videos que lo incriminaban sin disculpa alguna.

Fue tan profundo el dolor que golpeó su corazón, que sin saber qué pensar, decir o hacer, como autómatas manejó hacia su casa. En cuanto entró escuchó que su padre lo llamaba y sin dudar entró a la sala donde lo esperaban sus padres y su hermana. El Sr. Bilbao se veía preocupado cuando le preguntó:

—¿Qué te pasó Adrián? Ricardo le habló a Viviana para avisarle que te quedabas a dormir en su casa porque te sentiste mareado cuando tomaste una cerveza. ¿Te sientes enfermo? ¿Te duele algo? —Sonriendo él respondió:.

—No papá, no te preocupes, creo que me cayó de peso la cerveza porque me dio tanto sueño, que me desperté hasta hace un rato. —La Sra. Bilbao le dijo:.

—Es que te desvelas estudiando y seguramente tu cuerpo protestó. Debes dormir más y comer bien. ¿Ya desayunaste?

—Sí mamá, desayuné con Ricardo. —Mirándolo a los ojos Viviana agregó:

—Todavía tienes cara de sueño, ve a dormir otro rato, no te molestaremos.

Entendiendo que su hermana sabía la verdad, sin decir más fue a su recámara y se derrumbó en el sofá. Necesitaba pensar, encontrar un algo que le ayudara a resolver el grave problema en el que sin darse cuenta se metió, pero le resultaba difícil porque a cada instante venía a su mente el hermoso rostro de Rosa y no podía evitar el imaginar su expresión al ver lo que él se había atrevido a hacer.

En la tarde Viviana entró a su habitación llevando en sus manos una charola con sopa caliente y un sándwich de carne. Adrián se negó a comer, pero ignorando su negativa ella se sentó a su lado y cariñosa empezó a darle de comer en la boca. Cuando logró que él comiera la mitad de los alimentos dejó la charola en la mesa de centro y entonces le escuchó decir:

—Ya la perdí Viviana, ella no me perdonará nunca... y por siempre yo me arrepentiré.

—¿Crees que ella no pueda entender lo que realmente sucedió?

—¿Cómo podría? Reconoce que en las fotos y los videos me veo normal, no se ve ni siquiera una expresión que indique que se me pasaron las copas, no hay nada que demuestre lo que realmente sucedió. —Con los ojos llenos de lágrimas dijo: —Ella llenó de amor y felicidad mi vida, me inspiró a dejar la vida desordenada, a estudiar, a cultivar la mente, a ser un mejor hombre... y solo me pidió fidelidad.

Al hablar de Rosa vino a su mente la encantadora sonrisa que a él le regalaba y al recordar

que ya no podría acercarse a ella, abundantes lágrimas corrieron por sus mejillas. Entonces Viviana comprendió que él necesitaba desahogarse, así que tomó la charola y en silencio salió de la habitación. Al cerrar la puerta, con cuidado se recargó en ella y silenciosas lágrimas corrieron por sus suaves mejillas, pues alcanzaba a escuchar el doloroso llanto de su querido hermano.

Sabiendo que nunca lograría el perdón de la mujer a quien amaba tanto, porque no había nada que lo pudiera eximir de la culpa, Adrián dejó pasar los días. Sin embargo, su afligido corazón albergaba la esperanza de que fuera ella quien le llamara para reclamar su conducta, dándole así la oportunidad de disculparse de todas las formas posibles. Deseaba con toda su alma que llamara y reclamara, porque si no lo hacía, entonces sabría con certeza que ella no lo perdonaría jamás.

Pasaron los días, las semanas y Adrián no recibió señal alguna que le diera el pretexto para poder acercarse a ella. Entonces llegó el mes de Diciembre con las vacaciones, las fiestas y las alegres luces de colores que adornaban las casas, las calles y los negocios.

La familia y los amigos de Adrián estaban contentos porque finalmente él parecía haberse recuperado de sus penas de amor. Aunque ya no asistía a fiestas ni se iba de parranda, nuevamente lo veían alegre, simpático y pleno de energía.

Qué lejos estaban de imaginar, que la imagen de su amada Rosa no se apartaba de su mente y que cada vez que tenía tiempo libre, con la esperanza de verla de lejos iba a las cafeterías que frecuentaban y luego caminaba por los jardines y las calles que juntos recorrieron.

La noche del 24 de Diciembre tomó el automóvil de Viviana y confiando en que no conocían ese auto, por unos minutos se estacionó frente a la casa de Rosa y a través de la ventana de la sala tuvo la suerte de verla, ella y su mamá acomodaban algunos regalos al pie del árbol de navidad.

Al verla sintió tan inmensa alegría, que quiso bajarse del auto y correr a abrazarla, pero entonces recordó que ella le dijo que solo una infidelidad podría alejarla de él, porque no podría perdonarla. Al recordar sus palabras, un punzante dolor golpeó con tal fuerza su corazón, que de inmediato arrancó el auto y se alejó. Se sentía tan mal consigo mismo por haber fallado, que no se atrevió a regresar.

Y esos dos seres que se reconocieron y amaron desde el primer instante, continuaron su vida por caminos separados, pero a pesar de los años y de su esfuerzo por olvidar aquello que los unió, sus enamorados corazones latían con el secreto anhelo de volver a encontrarse.

Como Adrián se sentía culpable por haber provocado el dolor de la traición en el corazón de su amada Rosa, no se atrevió a buscarla y por eso no se enteró que ella nunca dejó de confiar en él, que algo en su corazón le decía que era otra consecuencia de su pasado. Con la esperanza de que regresara a explicar lo que había sucedido, Rosa lo esperó por varias semanas, pero él no regresó.

Después de un par de meses de su abandono, en algunas ocasiones Rosa tomó el teléfono y estuvo tentada a llamarle o a enviarle algún mensaje, pero con el temor de que tal vez él ya no sintiera ningún interés en ella, nunca se atrevió. Pasaron los meses y como no volvió a saber nada de Adrián, finalmente entendió que la había sacado de su corazón y de su vida.

La Sra. Rojo y su hija Dalia estaban muy preocupadas por Rosa, que ya no sonreía como antes, casi no comía y ya ni siquiera iba a las cafeterías que tanto le gustaban. Un viernes al anochecer, Dalia entró a la recámara de su hermana y sin decir media palabra se acostó junto a ella. Como si la estuviera esperando, Rosa empezó a decir:

—Ya no puedo seguir manteniendo en secreto todo el amor que siento por Adrián, quisiera poder gritarlo y que las nubes y el viento le llevaran mi mensaje... desde el instante en que lo vi, mi corazón lo reconoció de otro tiempo, de otro lugar y al volver a encontrarlo se enamoró perdidamente... él me hizo vivir la sutil belleza de la conquista y el romance... y cuando al fin me besó, por primera vez me sentí completa y feliz... siempre me decía cosas tan lindas, que estremecían mi corazón... lo amo y lo amaré por siempre... aunque con cruel indiferencia haya dejado a su paso este corazón que estaba destinado sólo para él.

Dalia no hablaba, no podía, lloraba en silencio por su hermana, por ese amor que al final no fue correspondido. De pronto Rosa se sentó y con dulce sonrisa le pidió:

—No llores por mí Dalia, te aseguro que estoy bien y por eso he tomado una decisión que me ayudará a continuar con mi camino. —Secando sus lágrimas Dalia preguntó sorprendida:

—¿Estás bien? ¿Qué fue lo que decidiste? —Sonriendo Rosa respondió:

—Regresaré a la Universidad, estudiaré otra carrera. —Se veía tan animosa, que contagiada de su entusiasmo Dalia preguntó:

—Conociéndote... ¿Filosofía y Letras?

—Casi le atinas, ven, vamos a darle la noticia a mamá.

Al verla tan contenta, Dalia la tomó del brazo y juntas fueron a darle la buena noticia a la Sra. Rojo, a quien por supuesto le encantó la idea.

Un poco más de un año después de la separación, Adrián terminó Mercadotecnia y no tardó en quedar al frente de las dos fábricas de su familia. Con gran orgullo el Sr. Bilbao les platicaba a sus amigos, que en solo tres años su hijo había hecho prosperar con gran éxito sus negocios.

Habían pasado cuatro largos años y aunque Adrián había salido por cortos períodos de tiempo con algunas hermosas chicas, no había logrado olvidar a Rosa, a esa mujer que desde el primer instante le robó el corazón. Siempre se mostraba activo, dinámico, vigoroso, pero no podía evitar el permanente destello de tristeza en su mirada.

Un día estaba trabajando en su oficina, cuando vio que un mensajero le entregó a su secretaria un ramo de rosas rojas que le había enviado su novio. Sin poder evitarlo se quedó mirando las

flores y los bellos recuerdos vinieron a su mente, pero de pronto experimentó tan agobiante inquietud, que decidió salir y dar una vuelta por la casa a la que no se había atrevido a regresar.

Al estacionarse frente a la casa le pareció que se veía diferente y al ver que entraban unas personas que no conocía, sintiendo que en su corazón se clavaban filosas espinas, decidido bajó del auto y se acercó para preguntar por ella.

—Buenas tardes, disculpe la pregunta... ¿Vive aquí la Familia Rojo?

—No, ya no viven aquí, desde hace tres años nos vendieron la casa. —Le informó la amable señora.

—¿No sabe a dónde se fueron?

—No, no lo sé, es que mi esposo y yo solo tuvimos el gusto de tratar a la Sra. Rojo, el día que se realizó la operación de compra-venta con el Notario.

Después de agradecer la información, Adrián regresó a su auto, recargó las manos en el volante y su frente en sus nudillos. No podía creerlo, se había tardado tanto en decidirse, que ya no podía remediarlo. Hacía casi cuatro años que Rosa ya no trabajaba en la empresa del Sr. Moncada, Cindy se lo informó cuando renunció y tampoco sabía decirle nada de ella porque perdieron contacto. Sintiendo que una terrible angustia lo ahogaba, solo pudo decir:

—Rosa... mi adorada Rosa...

Inexorable el tiempo siguió su curso y dos años después, mientras caminaba por el centro de la ciudad en compañía de una guapa chica, súbitamente Adrián se detuvo, pues vio que Rosa venía caminando y lucía tan hermosa y adorable, que los hombres se detenían para admirarla, pero ella continuaba su camino sin darse por enterada y como solo llevaba su vista al frente, pasó no muy lejos de él sin notar su presencia.

Adrián estaba a punto de correr tras ella, cuando sintió un fuerte pellizco que lo sacó de su ensoñación, con furiosos ojos la joven que lo acompañaba reclamó su atención y cuando él se giró para ver hacia dónde se dirigía su amada Rosa, ya no la vio y no supo si entró a uno de los comercios o si dio vuelta en la esquina.

Esa noche Adrián se reunió con sus amigos Ricardo, Eduardo y Luis, y al platicarles de su inesperado encuentro con Rosa, les confesó que seguía amándola con toda su alma. Comprendiendo lo que estaba sufriendo su amigo y por primera vez en cuatro años, entre canciones de amor y desamor todos se pasaron de copas.

Después de haberla visto y con la esperanza de volver a encontrarla, cada vez que podía Adrián caminaba por el centro, pasaba por las cafeterías, por los teatros y jardines, pero no volvió a verla y así pasaron otros tres años.

Un día que llovía a cántaros, Adrián tomaba un café en una pequeña cafetería que no conocía y a la que entró solo para esperar a que bajara un poco la lluvia para regresar a su auto e irse a casa. Mientras esperaba se puso a contestar algunos mensajes de su celular, entonces la puerta de la cafetería se abrió, él levantó la mirada y vio que era una mujer que llevaba un paraguas blanco y al cerrarlo, con asombro vio que era Rosa, pero antes de que pudiera reaccionar ella fue directo al tocador para secarse.

Era tal la emoción que sentía, que se preguntaba si en verdad era ella o solo había sido una alucinación, pero ante la duda y deseando causarle una buena impresión, volteó hacia el cristal de la ventana para acomodarse su corbata y revisar su cabello que seguía manteniendo ligeramente abajo del cuello, porque sabía que a Rosa no le gustaba que se lo cortara.

Durante todos esos años había ocultado el secreto anhelo de volver a encontrarla, por lo que siempre cuidaba de su apariencia. Se sentía tan nervioso y le preocupaba tanto que ella no quisiera hablarle y lo castigara con su indiferencia, que sin darse cuenta murmuró:

—Todo lo que ella sentía yo podía leerlo en sus ojos, casi podía leer sus pensamientos en su mirada, espero que aún sienta algo por mí, porque no creo poder soportar si veo en sus hermosos ojos desamor o decepción...

En ese momento sonó su teléfono, era su mamá que nerviosa le pedía que acudiera cuanto antes al hospital porque su padre se había puesto mal y al parecer se trataba de un infarto al corazón. Angustiado volteó hacia la puerta del tocador de damas, contra su voluntad se levantó y aunque antes de salir espero unos instantes más, la puerta no se abrió y finalmente él salió de la cafetería.

Un minuto después Rosa salió del tocador y no parecía que había entrado empapada. Con la intención de quedarse hasta que pasara la inclemente lluvia, sin saber ella fue a ocupar la mesa donde unos minutos antes había estado aquel joven que amó tanto.

Adrián llegó al hospital en el momento en que el Doctor le informaba a la Sra. Bilbao que su esposo estaba bien, pero que se quedaría ese día en observación. Le hizo saber que todo se debió a una fuerte indigestión, que ya debía dejar de comer alimentos tan condimentados y guardar una sana dieta. Viviana y Adrián voltearon a verse sonriendo, porque sabían que era casi imposible que su padre renunciara a sus platillos favoritos.

Los dos se ofrecieron para quedarse a cuidar a su padre, pero la Sra. Bilbao se negó a dejar a su esposo y les pidió que se retiraran a descansar y al día siguiente fueran por ellos. Desde que Viviana se casó cinco años atrás, ella y Adrián ya no podían verse con frecuencia por sus respectivas actividades, así que al despedirse de su mamá decidieron ir al restaurante que estaba a unos pasos del hospital para platicar un rato y mientras esperaban que les sirvieran lo que habían ordenado, Adrián le platicó sobre lo que había sucedido un rato antes.

—Me siento muy decepcionado porque una vez más no pude hablar con Rosa. Desde el primer instante pensé que el destino nos había unido, pero ahora veo que mi destino no era estar a su lado... siempre surge algo que me aleja de ella.

—No Adrián, no sigas engañándote, la verdad es que a pesar del tiempo que ha pasado no logras perdonarte por lo que ese día sucedió, te sientes culpable de haberla traicionado...

—Es que lo hice Viviana...

—No, no lo hiciste, lo sé por Cindy, por tus amigos y por el Médico que te atendió, él me informó de la sustancia que esa muchacha puso en tu cerveza. Mira Adrián, lo único que te ha impedido acercarte a ella eres tú y mientras no logres perdonarte, cien veces la encontrarás en tu camino y en las mismas ocasiones algo te impedirá acercarte.

—Mi mayor anhelo es volver a formar parte de la vida de Rosa Rojo. ¿Cómo puedes decir que yo mismo lo impido? —Un tanto sorprendida preguntó:

—¿Rosa Rojo? ¿Así se llama? —Adrián asintió y Viviana sonrió—. No lo sabía... mira, solo piensa en lo que sucedió el día de hoy... ¿No pudiste esperar cinco o diez minutos solo para saludarla? Tal vez te hubieras enterado dónde vive o dónde trabaja. ¿No crees? —Por unos instantes Adrián se quedó pensativo y luego dijo:

—Es cierto... no me siento un hombre digno ni merecedor de ella.

—Pues te equivocas, porque tú eres un hombre digno, honesto, trabajador, inteligente, eres un hombre maravilloso Adrián y además, muy guapo. —Él sonrió—. Por tu bien, piensa en lo que te he dicho.

—Lo haré Viviana.

—Eso espero Adrián porque te quiero mucho y deseo verte feliz.

—Yo también te quiero y aunque dolió el jalón de oreja te lo agradezco, te prometo que pensaré en lo que me dijiste.

Poco después, mientras cenaban se pusieron de acuerdo para recoger a sus padres al día siguiente y además, en lo que debían hacer para convencer a su papá de que ya debía de cuidar de su salud.

Esa noche Adrián no pudo dormir, estuvo pensando seriamente en lo que le dijo Viviana y al comprender que sintiéndose culpable, él mismo se había negado la oportunidad de acercarse a su amada Rosa, no pudo evitar el sentirse arrepentido.

Deseando que no fuera demasiado tarde se prometió, que la encontraría y buscaría su perdón.

Una semana después, el viernes por la tarde Rosa salió de su casa para cumplir con un compromiso y mientras caminaba lento por la calle, vio pasar una camioneta parecida a la que hacía años tenía Adrián y sin querer se perdió en sus recuerdos, en esos maravillosos momentos que pasó a su lado, en esos días en los que sintió que la amaba tanto como ella a él.

Aunque el final había sido muy doloroso, porque enamorada lo esperó días, semanas y meses, sin obtener más respuesta que su silencioso abandono, siempre se preguntaba qué sería de él, si seguiría en la misma ciudad y si había logrado ser feliz.

De manera especial siempre recordaba con una sonrisa, aquella frase que la sorprendió y que le dijo la última vez que lo vio: “Piensa en todo momento: Adrián me quiere un chingo”.

Al acercarse a la cafetería que tenía algunas mesas en la terraza, de pronto Rosa dejó de lado sus recuerdos porque sintió que su corazón floreció como un botón en la primavera. En una de esas mesas estaban dos hombres conversando y reconoció en uno de ellos su cautivante sonrisa, no tenía duda alguna, era él, era Adrián.

No podía creerlo, habían pasado casi diez años desde la última vez que lo vio y ahora estaba ahí, a solo unos metros de distancia y lucía tan atractivo y apuesto, que su enamorado corazón le pedía contemplarlo por unos instantes más, pero su mente le ordenaba que se alejara porque solo lograría aumentar su sufrimiento.

En contra de los dictados de su corazón se giró para regresar sobre sus pasos y en ese momento Adrián volteó hacia ella y aunque le parecía imposible que fuera su amada Rosa, sin dudarle un instante se levantó y caminó rápido la distancia que los separaba. Al quedar frente a frente, visiblemente emocionado él solo pudo decir:

—Rosa... eres tú.

—Hola Adrián. —Respondió lo más serena que le fue posible.

—Me parece imposible que estés aquí, frente a mí.

—Ha pasado mucho tiempo Adrián...

—Sí, casi diez años y te encuentro más hermosa y bella que nunca. —Y ella solo pudo murmurar:

—Gracias.

—¿Me permites invitarte un café? No sabes cuánto he deseado volver a platicar contigo... — Rosa estaba tan feliz que solo lo veía—. Por favor Rosa, te ruego que aceptes.

—Sí Adrián.

Al escuchar que aceptaba la invitación se sintió tan feliz, que sin pensar la tomó de la mano y la llevó a la mesa, entonces radiante de felicidad le dijo a su amigo:

—Ricardo, ella es Rosa. —Sorprendido él respondió:

—Mi esposa se pondrá feliz cuando se entere que al fin tuve el placer de conocer a su querida amiga. —Con curiosidad Rosa preguntó:

—¿Quién es su esposa? —Fue Adrián quien respondió:

—Cinthia García. ¿La recuerdas?

—Claro que la recuerdo y con mucho cariño. —Conociendo la historia que los unía, Ricardo agregó:

—Espero que pronto podamos reunirnos, por ahora debo retirarme porque ustedes tienen mucho que platicar... ha sido un verdadero placer Rosa.

—Igualmente Ricardo, por favor dígame a Cindy que le envíe un cariñoso saludo.

—Lo haré con mucho gusto.

Sonriendo feliz, Rosa veía que los amigos se despedían con fuerte abrazo y tuvo que reprimir un profundo suspiro cuando finalmente Adrián se sentó a su lado y sonriendo la miró a los ojos.

—En verdad estoy impactado, tú estás aquí y te ves más hermosa. —Un poco nerviosa le preguntó:.

—Dime Adrián... ¿Terminaste la Universidad?

—Sí, y después me hice cargo de los negocios de mi padre y ahí sigo. ¿Y tú? Me enteré que dejaste la fábrica y que vendieron su casa. ¿Cómo están tu mamá y Dalia?

—Están muy bien, Dalia y Jorge se casaron y a petición de ellos mi mamá y yo nos fuimos a vivir a una casa cercana a la suya, ya sabes, la familia muégano que siempre quiere estar unida.

—Sí, lo sé, ustedes forman una cálida y bonita familia... pero háblame de ti, dime que has hecho estos años.

—Pues... no hay mucho que contar, regresé a la Universidad para seguir estudiando, tomé algunos cursos y después trabajando aquí y allá. Como ves, nada fuera de lo normal.

—Pero tú ya eras Contadora. ¿Qué más estudiaste?

Rosa no pudo responder a su pregunta porque en ese momento llegó Viviana y al sentarse a la mesa dijo un tanto apenada.

—Ay Rosa, perdona que llegue tan tarde, pero es que a mi esposo y a mi hijo Fernandito todo se les ocurre cuando estoy a punto de salir.

—No te preocupes Viviana, llegué hace unos minutos. —Atónito él preguntó.

—¿Ustedes se conocen? —Rosa asintió sonriendo y Viviana le dijo:

—Sí, desde hace tres años el Despacho de Rosa lleva la Auditoría Externa de los negocios de Fernando.

—¿Y por qué no me lo habías dicho Viviana?

—Porque hasta hace unos días me dijiste su nombre completo. ¿Lo recuerdas? Por eso los cité hoy. ¿Pensaste en lo que hablamos? —Él asintió—. Bueno... pues yo ya cumplí con lo mío, los dejo para que ustedes puedan hablar. —Con amplia sonrisa Adrián le dijo:

—Gracias hermana.

Sonriendo Viviana se levantó, se despidió de los dos y luego se dirigió hacia el auto donde la estaba esperando su esposo y su pequeño hijo, entonces Rosa preguntó:

—¿Qué quiso decir Adrián?

—Te prometo que después te explico Rosa, ahora déjame decirte que todos los días y a donde quiera que iba, te buscaba con la mirada porque siempre tuve el anhelo de volver a encontrarte.

—¿Y por qué nunca regresaste?

—Después de lo que pasó aquella vez, di por hecho que jamás me perdonarías y aunque deseaba con toda mi alma regresar a ti, no me consideré capaz de soportar tu rechazo o tu indiferencia.

—Adrián... yo siempre confié en ti y durante meses esperé que regresaras.

—Pero Rosa... ¿Cómo podía regresar si todo me condenaba? No tienes idea cuánto he sufrido al no poder acercarme a ti.

—Algo dentro de mí me decía que lo sucedido fue otra consecuencia de tu pasado, que debía confiar y esperar, pero al ver que nunca regresaste, me convencí que habías dejado de amarme. — Adrián la tomó de las manos y le dijo:

—Nunca he dejado de amarte Rosa, desde entonces y hasta ahora, tú sigues siendo la única dueña de mi corazón.

—Adrián, todos estos años he sufrido tanto por tu abandono, que... —Él se acercó más y le pidió casi con desesperación:

—Perdóname Rosa y si en tu corazón queda un poco de amor para mí, dame otra oportunidad, déjame entrar nuevamente en tu corazón, te prometo que yo compensaré con mi amor todo lo que por mi culpa hayas sufrido.

—¿Pero es que no lo has entendido? Siempre confié en ti Adrián y por eso nunca has salido de mi vida. Desde el primer instante en que te vi y hasta ahora, siempre has estado en mi corazón.

—¡Rosa! Entonces... ¿Sigues siendo mi novia?

—Sí Adrián, con todo mi corazón.

—Mi hermosa Rosa... creo que tú y yo nos conocimos en el Cielo, creo que cuando tú bajabas las escaleras que te traerían al mundo, despistado como siempre yo las iba subiendo, te llamé y tú me sonreíste y me cautivaste, supe entonces que debía buscarte en este mundo. Sé cómo suena lo que te estoy diciendo, pero es así como lo he sentido todo este tiempo. Gracias por esperarme y por dejarme entrar en tu mágico mundo.

—Gracias a ti mi amor, por querer ser parte de él. —Emocionado le dijo:

—Ya no soportaré estar lejos de ti... ¿Aceptarías casarte conmigo?

—Sí Adrián, es lo que más deseo.

Después de tanto tiempo y más enamorados que nunca, Adrián y Rosa se besaron, y entre apasionados besos y abrazos, muy felices agradecían al destino por haberlos vuelto a unir.

Apreciable lector:

Muchas gracias por compartir conmigo las aventuras de los personajes de “Adrián y Rosa”.

Deseo de corazón que te haya gustado y que también te haya dejado una dulce sonrisa de esperanza que desees compartir con tu familia y amigos.

Si te gusta lo que escribo, apreciaría mucho tu comentario en:

<https://www.amazon.com/> O <https://www.goodreads.com/>

Saludos y abrazos llenos de luz.

Kankis Lefky.

Sobre la autora:

Blanca Alonso te cuenta sus historias de Romance bajo el seudónimo de Kankis Lefky y con el de Blanca Shiroy para sus novelas de Fantasía.

Si gustas puedes encontrarla en:

Facebook: <https://www.facebook.com/blancashiroyautora/?fref=ts>

Twitter: <https://twitter.com/kankishiroy>

E-mail: kankis_lefky@hotmail.com

Youtube: <https://www.youtube.com/user/elfashiroy>

https://www.youtube.com/channel/UCDHf6ks64axD188kCORuvKw?view_as=subscriber

Para ver algunas imágenes que podrían retratar algunos momentos o personajes de las historias:

Pinterest: <https://es.pinterest.com/blancashiroy/>

Para leer fragmentos de algunas historias.

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/BlancaShiroy> <https://www.wattpad.com/user/kankislefky>